



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe

**CAMINO CUARESMAL
GUADALUPANO 2019,**
vivir la misericordia
a partir de nuestro ministerio sacerdotal,
sirviendo a los peregrinos
en la Basílica de Santa María de Guadalupe.

M. I. Mons. Cango. Jorge Antonio Palencia Ramírez de Arellano
*Coordinador General de la Pastoral del Santuario
Canónigo Lectoral del Venerable Cabildo de Guadalupe*



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe
Coordinación General de Pastoral del Santuario

CAMINO CUARESMAL GUADALUPANO 2019, vivir la misericordia a partir de nuestro ministerio sacerdotal, sirviendo a los peregrinos en la Basílica de Santa María Guadalupe.

Monseñor Jorge Antonio Palencia Ramírez de Arellano
Coordinador General de la Pastoral del Santuario
Canónigo Lectoral del Venerable Cabildo de Guadalupe

De la misma manera como el antiguo pueblo de Israel marchó durante cuarenta años por el desierto para poder ingresar a la Tierra Prometida, la Iglesia, Pueblo de Dios que peregrina hacia la Basílica de Santa María de Guadalupe en el Tepeyac, se prepara para vivir y celebrar la Pascua del Señor 2019. A lo largo de cuarenta días nos vamos disponiendo para acoger cada vez más profundamente en nuestras vidas el misterio central de nuestra fe. A este tiempo especial de preparación para la Pascua lo llamamos Cuaresma. En efecto, la Cuaresma no es un viejo residuo de anticuadas prácticas ascéticas. Tampoco es un tiempo depresivo y triste. Se trata de un momento especial de purificación, para poder participar con mayor plenitud del misterio pascual del Señor (ver *Rm* 8,17).

Queridos hermanos y hermanas, he pensado a menudo en cómo la Iglesia puede poner más en evidencia su misión de ser testimonio de la misericordia. Es un camino que inicia con una conversión espiritual.... queremos vivir a la luz de la palabra del Señor: "Seamos misericordiosos como el Padre". Estoy convencido de que toda la Iglesia podrá encontrar la alegría de redescubrir y hacer fecunda la misericordia de Dios, con la cual todos somos llamados a dar consuelo a cada hombre y cada mujer de nuestro tiempo. Lo confiamos a partir de ahora a la Madre de la Misericordia para que dirija a nosotros su mirada y vele en nuestro camino". (Papa Francisco anuncio del Año Santo de la Misericordia 2015).

Tiempo de conversión en nuestra vida sacerdotal

La Cuaresma es un tiempo privilegiado para intensificar el camino de la propia conversión pastoral que tiene como meta la Pasión y Resurrección de Jesucristo. Este camino supone cooperar con la gracia para dar muerte al hombre viejo que actúa en nosotros. Se trata de romper con el pecado que habita en nuestros corazones, alejarnos de todo aquello que nos aparta del Plan de Dios y, por consiguiente, de nuestros caprichos, de nuestra felicidad y de la sola realización personal.

Queridos hermanos y hermanas, Cristo murió y resucitó una vez para siempre y por todos, pero el poder de la resurrección, este paso de la esclavitud del mal a la libertad del bien, debe ponerse en práctica en todos los tiempos, en los momentos concretos de nuestra vida, en nuestra vida cotidiana.

Cuántos desiertos debe atravesar el ser humano también hoy. Sobre todo el desierto que está dentro de él, cuando falta el amor de Dios y del prójimo, cuando no se es consciente de ser custodio de todo lo que el Creador nos ha dado y nos da. Pero la misericordia de Dios puede hacer florecer hasta la tierra más árida, puede hacer revivir incluso a los huesos secos (cf. Ez 37,1-14).

He aquí, pues, la invitación que hago a todos: Acojamos la gracia de la Resurrección de Cristo. Dejémosnos renovar por la misericordia de Dios, dejemos que la fuerza de su amor transforme también nuestras vidas; y hagámonos instrumentos de esta misericordia, cauces a través de los cuales Dios pueda regar la tierra, custodiar toda la creación y hacer florecer la justicia y la paz. (Papa Francisco Mensaje Urbi et orbi, 31 de Marzo 2013)

En efecto, la vida cristiana no es otra cosa que hacer eco en la propia existencia de aquel dinamismo bautismal, que nos selló para siempre: ***morir al pecado para nacer a una vida nueva en Jesús, el Hijo de María*** (ver *Jn* 12,24). Esa es la opción del cristiano: la opción radical, coherente y comprometida, desde la propia libertad, que nos conduce al encuentro con Aquel que es Camino, Verdad y Vida (ver *Jn* 14,6), encuentro que nos hace auténticamente libres y nos manifiesta la plenitud de nuestra humanidad.

Tener un corazón misericordioso no significa tener un corazón débil. Quien desea ser misericordioso necesita un corazón fuerte, firme, cerrado al tentador, pero abierto a Dios. Un corazón que se deje impregnar por el Espíritu y guiar por los caminos del amor que nos llevan a los hermanos y hermanas. En definitiva, un corazón pobre, que conoce sus propias pobreza y lo da todo por el otro. Por esto, queridos hermanos y hermanas, deseo orar con ustedes a Cristo en esta Cuaresma: "Fac cor nostrum secundum Cor tuum": "Haz nuestro corazón semejante al tuyo" (Súplica de las Letanías al Sagrado Corazón de Jesús). De ese modo tendremos un corazón fuerte y misericordioso, vigilante y generoso, que no se deje encerrar en sí mismo y no caiga en el vértigo de la globalización de la indiferencia. (Papa Francisco Mensaje de Cuaresma 2015)

Todo esto supone en nuestra vida sacerdotal una verdadera renovación interior, un despojarse del hombre viejo para revestirse del Señor Jesús. En palabras de Pablo VI: ***"Solamente podemos llegar al reino de Cristo a través de la metanoia, es decir, de aquel íntimo cambio de todo el hombre -- de su manera de pensar, juzgar y actuar -- impulsados por la santidad y el amor de Dios, tal como se nos ha manifestado a nosotros este amor en Cristo y se nos ha dado plenamente en la etapa final de la historia"***. Esta es la gran aventura de ser cristiano, a la cual todo hijo de María Santísima está invitado. Camino que no está libre de dificultades y tropiezos, pero que vale la pena emprender, pues sólo así el ser humano respuesta a sus anhelos más profundos, encuentra su propia felicidad.

Caminemos en el mundo como Jesús y hagamos de toda nuestra existencia un signo de su amor para nuestros hermanos, especialmente para los más débiles y los más pobres, construyamos para Dios un templo en nuestra vida. Y así lo hacemos «encontrable» para muchas personas que encontramos en nuestro camino. Si somos testigos de este Cristo vivo, mucha gente encontrará a Jesús en nosotros, en nuestro testimonio. Pero – nos preguntamos, y cada uno de nosotros puede preguntarse –, ¿se siente el Señor verdaderamente como en su casa en mi vida? ¿Le permitimos que haga «limpieza» en nuestro corazón y expulse a los ídolos, es decir, las actitudes de codicia, celos, mundanidad, envidia, odio, la costumbre de murmurar y «despellejar» a los demás? ¿Le permito que haga limpieza de todos los comportamientos contra Dios, contra el prójimo y contra nosotros mismos, como hemos escuchado hoy en la primera lectura? Cada uno puede responder a sí

mismo, en silencio, en su corazón. «¿Permito que Jesús haga un poco de limpieza en mi corazón?». «Oh padre, tengo miedo de que me reprenda». Pero Jesús no reprende jamás. Jesús hará limpieza con ternura, con misericordia, con amor. La misericordia es su modo de hacer limpieza. Dejemos – cada uno de nosotros –, dejemos que el Señor entre con su misericordia – no con el látigo, no, sino con su misericordia – para hacer limpieza en nuestros corazones. El látigo de Jesús para nosotros es su misericordia. Abrámosle la puerta, para que haga un poco de limpieza. (Papa Francisco Ángelus dominical, 8 de Marzo de 2015)

Viviendo nuestro ministerio sacerdotal durante la Cuaresma en el Santuario de Guadalupe.

Durante este tiempo especial de purificación, contamos con una serie de medios concretos que la Iglesia nos propone y que nos ayudan a vivir la dinámica cuaresmal cumpliendo con nuestras responsabilidades ministeriales. Ante todo, está la vida de oración, condición indispensable para el encuentro con Dios. En la oración, el sacerdote ingresa en el diálogo íntimo con el Señor, deja que la gracia divina penetre su corazón y, a semejanza de Santa María, se abre a la acción del Espíritu cooperando a ella con su respuesta libre y generosa (ver *Lc 1,38*).

Asimismo, también nosotros incorporados al sacerdocio ministerial de Jesucristo, debemos intensificar la escucha y meditación atenta a la Palabra de Dios, así como estructurar adecuadamente nuestras homilías, pláticas y encuentros con los peregrinos en el Sacramento de la Reconciliación o la Atención Espiritual

De manera especial redescubramos el gran don que Cristo Supremo y Eterno sacerdote ha depositado en nosotros presbíteros, para perdonar en su nombre. Que este camino cuaresmal sea un Camino de Servicio a la Misericordia viviendo intensamente y con alegría la administración del Sacramento de la Reconciliación. En lugar de perder el tiempo en supuestos compromisos o de invertir nuestro tiempo en el cumplimiento externo de nuestros “oficios o encomiendas ministeriales”, piensa un momento en la multitud de peregrinos que llegan a confesarse a la Basílica, organicemos nuestro tiempo y privilegiemos nuestros horarios de confesiones. No olvidemos su petición expresa cuando nos visito en Febrero de 2016: “*Les pido, sean misericordiosos*”. Que las palabras del Papa Francisco citadas a continuación fortalezcan una sólida espiritualidad sacerdotal en este camino cuaresmal hacia de Pascua 2018:

Entre los Sacramentos, ciertamente aquel de la Reconciliación hace presente con especial eficacia el rostro misericordioso de Dios: lo concreta y lo manifiesta continuamente, sin cesar. No olvidémoslo jamás ya sea como penitentes que como confesores: ¡no hay ningún pecado que Dios no pueda perdonar! ¡Ninguno! Sólo lo que es sustraído a la divina misericordia no puede ser perdonado, como quien se aparta del sol no puede ser iluminado ni reconfortado. A la luz de este maravilloso don de Dios, quisiera subrayar tres necesidades: vivir el Sacramento como medio para educar a la misericordia; dejarse educar por lo que celebramos; custodiar la mirada sobrenatural.

Vivir el Sacramento como medio para educar a la misericordia, significa ayudar a nuestros hermanos a hacer experiencia de paz y de comprensión humana y cristiana. La confesión no debe ser una “tortura”, sino que todos deberían salir del confesionario con la felicidad en el corazón, con el rostro radiante de esperanza,

aunque a veces – lo sabemos – mojado por las lágrimas de la conversión y de la alegría que de ella deriva (cfr. Exhorta. Apost. Evangelii gaudium, 44).

El Sacramento, con todos los actos del penitente, no implica que este se transforme en un pesante interrogatorio, fastidioso e invasivo. Al contrario, debe ser un encuentro liberador y rico de humanidad, a través del cual poder educar a la misericordia, que no excluye, es más, incluye también el justo compromiso de reparar, en lo posible, el mal cometido”. Así, el fiel se sentirá invitado a confesarse frecuentemente y aprenderá a hacerlo en el mejor de los modos, con aquella delicadeza de ánimo que hace tanto bien al corazón ¡también al corazón del confesor! De este modo, nosotros sacerdotes hacemos crecer la relación personal con Dios, para que se dilate en los corazones su Reino de amor y de paz.

Tantas veces se confunde la misericordia con el ser confesor “de manga ancha”. Pero piensen esto: ni un confesor de manga ancha, ni un confesor rígido es misericordioso. Ninguno de los dos. El primero, porque dice: ‘¡sigue adelante, esto no es pecado, ve, ve!’ El otro porque dice: ‘no, la ley dice...’ ¡Pero ninguno de los dos trata al penitente como hermano, lo toma de la mano y lo acompaña en su recorrido de conversión! Uno dice: ‘Ve tranquilo, Dios perdona todo. ¡Ve, ve!’ El otro dice: ‘No, la ley dice no’. En cambio, el misericordioso lo escucha, lo perdona, pero se hace cargo y lo acompaña. Porque la conversión sí, comienza – quizás – hoy, pero debe continuar con la perseverancia. Lo carga sobre sí, como el Buen Pastor que va a buscar la oveja perdida y la carga sobre sí.

Pero no hay que confundir: esto es muy importante. Misericordia significa hacerse cargo del hermano o de la hermana y ayudarles a caminar. No decir ‘¡ah, no, ve, ve!’, o la rigidez. Esto es muy importante. ¿Y quién puede hacer esto? El confesor que reza, el confesor que llora, el confesor que sabe que es más pecador que el penitente, y si no ha hecho aquella cosa fea que dice el penitente es por simple gracia de Dios. Misericordioso es estar cerca y acompañar el proceso de conversión. Y es precisamente a ustedes confesores que digo: ¡Déjense educar por el Sacramento de la Reconciliación!

Segundo punto. ¡Cuántas veces nos sucede que escuchamos confesiones que nos edifican! Hermanos y hermanas que viven una auténtica comunión personal y eclesial con el Señor y un amor sincero por los hermanos. Almas simples, almas de pobres de espíritu, que se abandonan totalmente al Señor, que se confían en la Iglesia y, por lo tanto, también del confesor. Nos viene dada también, a menudo, la posibilidad de asistir a verdaderos milagros de conversión. Personas que desde hace meses, a veces desde hace años, están bajo el dominio del pecado y que, como el hijo pródigo, vuelven en sí mismas y deciden levantarse y volver a la casa del Padre para implorar el perdón (cfr. Lc, 15,17). ¡Pero, cómo es bello acoger a estos hermanos y hermanas arrepentidos con el abrazo bendecidor del Padre misericordioso, que nos ama tanto y hace fiesta por cada hijo que retorna a Él con todo el corazón! ¡Cuánto podemos aprender de la conversión y del arrepentimiento de nuestros hermanos! Ellos nos empujan a hacer también nosotros un examen de conciencia: ¿Yo sacerdote, amo así al Señor, como esta viejita? ¿Yo sacerdote, que he sido hecho

ministro de su misericordia, soy capaz de tener la misericordia que hay en el corazón de este penitente? ¿Yo confesor, estoy disponible al cambio, a la conversión como este penitente, del cual he sido puesto al servicio? Tantas veces estas personas nos edifican, nos edifican.

Cuando se escuchan las confesiones sacramentales de los fieles, es necesario tener siempre la mirada interior dirigida al Cielo, a lo sobrenatural. Debemos, ante todo, reavivar en nosotros la conciencia de que nadie está puesto en tal ministerio por el propio merito; ni por las propias competencias teológicas o jurídicas, ni por el propio trato humano o psicológico. Todos hemos sido constituidos ministros de la reconciliación por pura gracia de Dios, gratuitamente y por amor, es más, precisamente por misericordia. Yo, que he hecho esto y esto y esto, ahora debo perdonar. Me viene a la mente aquel pasaje de Ezequiel 16, cuando el Señor reprende con términos muy fuertes la infidelidad de su pueblo. Pero al final, dice: ‘Pero yo te perdonaré y te pondré sobre tus hermanas – los otros pueblos – para juzgarlos, y tú serás más importante que ellos, y esto lo haré por tu vergüenza, para que te avergüences de lo que has hecho’. La experiencia de la vergüenza: ¿yo, en el escuchar este pecado, esta alma que se arrepiente con tanto dolor o con tanta delicadeza de ánimo, soy capaz de avergonzarme de mis pecados? Y ésta es una gracia.

Somos ministros de la misericordia gracias a la misericordia de Dios; no debemos jamás perder esta mirada sobrenatural, que nos hace de verdad humildes, acogedores y misericordiosos hacia cada hermano y hermana que pide confesarse. ¡Y si yo no hice esto, no caí en aquel feo pecado o no estoy en la cárcel es por pura gracia de Dios, solamente por esto! No por mérito propio. Y esto debemos sentirlo en el momento de la administración del Sacramento. También el modo de escuchar la acusación de los pecados debe ser sobrenatural: escuchar en modo sobrenatural, en modo divino; respetuoso de la dignidad y de la historia personal de cada uno, para que pueda comprender que quiere Dios de él o de ella.

Por esto la Iglesia está llamada a iniciar a sus miembros – sacerdotes, religiosos y laicos – en el ‘arte del acompañamiento’, para que todos aprendan siempre a sacarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cfr. Exhort. Apost. Evangelii gaudium, 169). También el más grande pecador que viene ante Dios a pedir perdón es ‘tierra sagrada’ y también yo, que debo perdonarlo en nombre de Dios, puedo hacer cosas más feas de aquellas que ha hecho él. Cada fiel penitente que se acerca al confesionario es ‘tierra sagrada’, tierra sagrada para ‘cultivar’ con dedicación, cuidado y atención pastoral”. (Papa Francisco Discurso a los participantes en el Curso sobre el Foro interno organizado por el Tribunal de la Penitenciaría Apostólica, 12 de Marzo de 2015)

Nuestra Predicación con visión de conjunto de las lecturas Bíblicas según el Leccionario de Cuaresma.

Nuestra actitud presbiteral y nuestra responsabilidad en la predicación, para los miles de peregrinos que nos visitan, debe ser frente a las lecturas cuaresmales, sobre todo, la de una escucha reposada y penetrante que ayude a que nuestro espíritu se vaya impregnando progresivamente de

los criterios de la fe, hay veces suficientemente conocidos, pero no suficientemente interiorizados y hechos vida. No se trata de "meditaciones" más o menos intelectualizantes, sino de una contemplación "gozosa" del Plan de Dios sobre la persona humana y su historia, y de una escucha atenta ante la llamada de Dios a una conversión que nos lleve a la paz y a la felicidad.

En el conjunto de los Leccionarios cuaresmales emergen con facilidad unas líneas de fuerza en las que debe centrarse la conversión cuaresmal. Esta conversión pastoral está muy lejos de limitarse a un mero mejoramiento moral. Es más bien una conversión radical a Cristo, el Hombre nuevo, para existir en Él (cfr Col 2,7). Estas líneas de fuerza son las siguientes:

- a. ***La meditación en la historia de la salvación:*** realizada por Dios-Amor en favor de la persona humana creada a su imagen y semejanza. Debemos "convertirnos" de una vida egocéntrica, donde el ser humano vive encerrado en su mentira existencial, a una vida de comunión con el Señor, el Camino, la Verdad y la Vida, que nos lleva al Padre en el Espíritu Santo.
- b. ***La vivencia del misterio pascual como culminación de esta historia santa:*** debemos "convertirnos" de la visión de un Dios común a todo ser humano, a la visión del Dios vivo y verdadero que se ha revelado plenamente en su único Hijo, Cristo Jesús y en su victoria pascual presente en los sacramentos de su Iglesia: "*Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna*"(Jn 3,16).
- c. ***El combate espiritual,*** que exige la cooperación activa con la gracia en orden a morir al hombre viejo y al propio pecado para dar paso a la realidad del hombre nuevo en Cristo. En otras palabras, la lucha por la santidad, exigencia que hemos recibido en el santo Bautismo.

Estas tres líneas deben proponerse en simultáneo:

1. La primera línea de fuerza -la meditación de la Historia de la Salvación- la tenemos principalmente en las lecturas del Antiguo Testamento de los domingos y en las lecturas de la Vigilia Pascual.
2. La segunda -la vivencia del misterio pascual como culminación de la historia santa-, en los evangelios de los domingos de Cuaresma III, IV y V (los sacramentales pascuales) y, por lo menos en cierta manera, en los evangelios feriales a partir del lunes de la semana IV (oposición de Jesús al mal -"los judíos"- que termina con la victoria pascual de Jesús sobre la muerte, mal supremo).
3. La tercera línea -el combate espiritual, la vida en Cristo, la vida virtuosa y santa- aparece particularmente en las lecturas apostólicas de los domingos y en el conjunto de las lecturas feriales de la misa de las tres primeras semanas de la Cuaresma.

Vale la pena subrayar que estas tres líneas de fuerza se hallan, con mayor o menor intensidad, al alcance de todos los peregrinos y debemos en nuestra predicación insistir: desde los que solo participan en la misa dominical y a los peregrinos que toman parte en la eucaristía de los días feriales entre semana. Con intensidades diversas pero con un contenido fundamentalmente idéntico, todos los peregrinos pueden beber, a través de la liturgia cuaresmal, de la fuente de la Palabra de Dios, que los invita a la conversión bajo todos sus aspectos.

La gente de hoy tiene necesidad ciertamente de palabras, pero sobre todo tiene necesidad de que demos testimonio de la misericordia, la ternura del Señor, que enardece el corazón, despierta la esperanza, atrae hacia el bien. ¡La alegría de llevar la consolación de Dios! En la hora de la oscuridad, en la hora de la prueba está ya presente y activa el alba de la luz y de la salvación. ¡El misterio pascual es el corazón palpitante de la misión de la Iglesia! Y si permanecemos dentro de este misterio, estamos a salvo tanto de una visión mundana y triunfalista de la misión, como del desánimo que puede nacer ante las pruebas y los fracasos. La fecundidad pastoral, la fecundidad del anuncio del Evangelio no procede ni del éxito ni del fracaso según los criterios de valoración humana, sino de conformarse con la lógica de la Cruz de Jesús, que es la lógica del salir de sí mismos y darse, la lógica del amor. Es la Cruz –siempre la Cruz con Cristo, porque a veces nos ofrecen la cruz sin Cristo: ésa no sirve–. Es la Cruz, siempre la Cruz con Cristo, la que garantiza la fecundidad de nuestra misión. Y desde la Cruz, acto supremo de misericordia y de amor, renacemos como “criatura nueva” (Ga 6,15). Si miramos a Jesús, vemos que la víspera de cada decisión y acontecimiento importante, se recogía en oración intensa y prolongada. Cultivemos la dimensión contemplativa, incluso en la vorágine de los compromisos más urgentes y duros. Cuanto más les llame la misión a ir a las periferias existenciales, más unido ha de estar su corazón a Cristo, lleno de misericordia y de amor. ¡Aquí reside el secreto de la fecundidad pastoral, de la fecundidad de un discípulo del Señor! (Papa Francisco, Homilía en la Santa Misa con los seminaristas, novicios, novicias y cuantos si encuentran en el camino vocacional, 7 de Julio de 2013)

Nuestras Celebraciones Eucarísticas dominicales en la Basílica de Guadalupe:

Las lecturas dominicales de Cuaresma tienen una organización unitaria, que hay que tener presente en la predicación. ***Las lecturas del Antiguo Testamento*** siguen su propia línea, que no tiene una relación directa con los Evangelios, como el resto del año. Una línea importante para comprender la Historia de la Salvación. Los *Evangelios* siguen también una temática organizada y propia. Y las lecturas que se hacen en segundo lugar, las *apostólicas*, están pensadas como complementarias de las anteriores.

- a. ***La primera lectura*** tiene en este tiempo de Cuaresma una intención clara: presentar *los grandes temas de la Historia de la Salvación*, para preparar el gran acontecimiento de la Pascua del Señor: En el Ciclo C, estas etapas se ven desde la perspectiva del culto (ofrendas de primicias, celebración de la Pascua, etc.). En el sexto domingo, o domingo de Ramos en la Pasión del Señor, invariablemente se proclama el canto del Siervo de Yahvé, por Isaías. Estas etapas representan una vuelta a la fuente: la historia de las actuaciones salvíficas de Dios, que preparan el acontecimiento central: el misterio Pascual del Señor Jesús. En la predicación hay que tener en cuenta esta progresión, para no perder de vista la marcha hacia la Pascua.

b. **La lectura Evangélica** tiene también su coherencia independiente a lo largo de las seis semanas:

- Domingo primero: el tema de las *tentaciones* de Jesús en el desierto, leídas en cada ciclo según su evangelista; el tema de los cuarenta días, el tema del combate espiritual.

- Domingo segundo: la *Transfiguración*, leída también en cada ciclo según el propio evangelista; de nuevo el tema de los cuarenta días (Moisés, Elías, Cristo) y la preparación pascual; la lucha y la tentación llevan a la vida.

- Domingo tercero, cuarto y quinto: presentación de los temas catequéticos de la *iniciación cristiana*: el agua, la luz, la vida. En 2019, el Ciclo C: temas de conversión y misericordia: iniciación a otro Sacramento cuaresmal-pascual: la Penitencia.

Domingo Sexto o Ramos: *la Pasión de Jesús*, cada año según su evangelista (reservando la Pasión de San Juan para el Viernes Santo).

El predicador debe tener en cuenta esta unidad y ayudar a que la comunidad vaya desentrañando los diversos aspectos de su marcha hacia la Pascua, no quedándose, por ejemplo en el tema de la tentación o de la penitencia, sino entrando también a los temas bautismales: Cristo y su Pascua son para nosotros la clave del agua viva, de la luz verdadera y de la nueva vida.

c. La segunda lectura está pensada como complemento de los grandes temas de la Historia de la Salvación y de la preparación evangélica a la Pascua. Temas espirituales, relativos al proceso de fe y conversión y a la concretización moral de los temas cuaresmales: la fe, la esperanza, el amor, la vida espiritual, hijos de la luz, etc.

Las Eucaristías entre semana en la Basílica: Las Misas feriales.

Este grupo de lecturas tiene gran influencia en la vida espiritual de aquellos cristianos que acostumbran a participar activamente en la eucaristía diaria. Debemos tomar en cuenta que para la multitud de peregrinos que acuden al Santuario esto es un reto para el celebrante, que debe sembrar la Palabra de Dios confiando en el amor maternal de Santa María de Guadalupe, que continuará ese diálogo de amor en los corazones y conciencias de nuestros peregrinos.

El actual leccionario ferial de la misa divide la Cuaresma en dos partes: por un lado, tenemos los días que van desde el Miércoles de Ceniza hasta el sábado de la III semana; y por otro, las ferias que discurren desde el lunes de IV semana hasta el comienzo del Triduo Pascual.

1. En la primera parte de la Cuaresma (*Miércoles de Ceniza hasta el sábado de III semana*), las lecturas van presentando, positivamente, las actitudes fundamentales del vivir cristiano y, negativamente, la reforma de los defectos que obscurecen nuestro seguimiento de Jesús.

En estas ferias, ambas lecturas suelen tener unidad temática bastante marcada, que insiste en temas como la conversión, el sentido del tiempo cuaresmal, el amor al prójimo, la oración, la intercesión de la Iglesia por los pecadores, el examen de conciencia, etc. En los orígenes de la organización de la Cuaresma, sólo había misa (además del Domingo), los

días miércoles y viernes. Por este motivo el leccionario de Cuaresma privilegia las lecturas de estos dos días con lecturas de mayor importancia que las de las restantes ferias. Dichas lecturas suelen ser relativas a la pasión y a la conversión.

2. En la segunda parte de la Cuaresma, (a partir del Lunes de la IV semana hasta el Triduo Pascual), el leccionario cambia de perspectiva: se ofrece una lectura continua del evangelio según San Juan, escogiendo sobre todo los fragmentos en los que se propone la oposición creciente entre Jesús y los "judíos". Esta meditación del Señor enfrentándose con el mal, personalizado por San Juan en los "judíos", está llamada a fortalecer la lucha cuaresmal no sólo en una línea ascética, sino principalmente en el contexto de la comunión con Cristo, el único vencedor absoluto del mal.

En estas ferias, las lecturas no están tan ligadas temáticamente una respecto de la otra, sino que presentan, de manera independiente, por un lado la figura del Siervo de Yahvé o de otro personaje (Jeremías especialmente), que viene a ser como imagen y profecía del Salvador crucificado; y, por otro, el desarrollo de la trama que culminará en la muerte y victoria de Cristo.

Finalmente es bueno indicar que a partir del lunes de la semana IV aparece un tema quizá no muy conocido: el conjunto dinámico que, partiendo de las "obras" y "palabras" del Señor Jesús, llega hasta el acontecimiento de su "hora". Para no pocos puede ser aconsejable hacer un esfuerzo de meditación continuada en estos evangelios en su trama progresiva. Este tema puede resultar muy enriquecedor. Aunque se conozcan a veces los textos, pocas veces se ha descubierto el significado dinámico que une el conjunto de estas lecturas, conjunto que desemboca en la "hora" de Jesús, es decir en su glorificación a través de la muerte que celebramos en el Triduo pascual.

Nuestra acción ministerial del tiempo de cuaresma en la Basílica de Guadalupe.

Para poder llevar a cabo nuestro ministerio presbiteral y diaconal en el Santuario, en cualquier tiempo litúrgico, debemos partir de los textos escogidos de la Palabra de Dios, la eucología, otras oraciones o Enseñanzas de la Iglesia, sin olvidar la ***“piedad popular y la religiosidad popular de nuestros peregrinos”*** que, expresan y actualizan con sencillez, los misterios de Cristo celebrados durante el Año litúrgico. La Cuaresma es tiempo propicio para una interacción fecunda entre liturgia y piedad popular. Podremos esta Cuaresma iluminar varias devociones de piedad popular de nuestros peregrinos:

a. La Santa María de Guadalupe en la Cuaresma. En el plan salvífico de Dios (cfr Lc 2,34-35) están asociados Cristo crucificado y la Virgen María. Como Cristo es el "hombre de dolores" (Is 53,3), por medio del cual se ha complacido Dios en "reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz" (Col 1,20), así María es la "madre, junto a la cruz del dolor", que Dios ha querido asociar a su Hijo, como madre y partícipe de su Pasión. Por ello la Cuaresma es también tiempo oportuno para crecer en nuestro amor filial a Aquella que al pie de la Cruz nos entregó a su Hijo, y se entregó Ella misma con Él, por nuestra salvación. Arquitectónicamente en el Santuario de Guadalupe, María Santísima esta "junto a la gran cruz" glorificada, que desciende en el centro de la Basílica.

b. Santa María de Guadalupe como modelo perfecto de acogida a la Palabra de Dios. En este camino que nos prepara para acoger el misterio pascual del Señor, no puede estar ausente la Madre. María Santísima de Guadalupe está presente durante la Cuaresma como premisa y modelo de la actitud que debemos asumir. Durante este tiempo de Cuaresma, es el mismo Señor Jesús quien nos señala a su Madre. Él nos la propone como modelo perfecto de acogida a la Palabra de Dios. María es verdaderamente dichosa porque escucha la Palabra de Dios y la cumple (Lc 11,28). Caminemos en compañía de María la senda que nos conduce a Jesús. Ella, la primera discípula, ciertamente es guía segura en nuestro peregrinar hacia la configuración plena con su Hijo.

c. Santa María de Guadalupe al pie de la cruz, la veneración a Cristo Crucificado. En el Triduo pascual, el Viernes Santo, dedicado a celebrar la Pasión del Señor, es el día por excelencia para la "Adoración de la santa Cruz". Sin embargo, la piedad popular desea anticipar la veneración cultural de la Cruz. De hecho, a lo largo de todo el tiempo cuaresmal, el viernes, que por una antiquísima tradición cristiana es el día conmemorativo de la Pasión de Cristo, los peregrinos dirigen con gusto su piedad hacia el misterio de la Cruz.

Contemplando al Salvador crucificado pueden los peregrinos captar más fácilmente el significado del dolor inmenso e injusto que Jesús, el Santo, el Inocente, padeció por la salvación del hombre, y comprenden también el valor de su amor solidario y la eficacia de su sacrificio redentor. La piedad y religiosidad popular respecto a la Cruz, con frecuencia, tiene necesidad de ser iluminada. Se debe mostrar a los fieles la referencia esencial de la Cruz al acontecimiento de la Resurrección: la Cruz y el sepulcro vacío, la Muerte y la Resurrección de Cristo, son inseparables en la narración evangélica y en el designio salvífico de Dios.

María permanece de pie junto a la cruz, como Madre y Maestra nos enseña la manera de ser fieles y atento a la Pasión de Señor y testigo de su esperanza en la Resurrección del Señor.

c. La Lectura de la Pasión del Señor. Durante el tiempo de Cuaresma, el amor a Cristo crucificado deberá llevar a la comunidad cristiana a preferir el miércoles y el viernes, sobre todo, para la lectura de la Pasión del Señor. Esta lectura, de gran sentido doctrinal, puede atraer la atención de los peregrinos tanto por el contenido como por la estructura narrativa, y suscita en ellos sentimientos de auténtica piedad: arrepentimiento de las culpas cometidas, porque los peregrinos perciben que la Muerte de Cristo ha sucedido para remisión de los pecados de todo el género humano y también de los propios; compasión y solidaridad con el Inocente injustamente perseguido; gratitud por el amor infinito que Jesús, el Hermano primogénito, ha demostrado en su Pasión para con todos los hombres, sus hermanos; decisión de seguir los ejemplos de mansedumbre, paciencia, misericordia, perdón de las ofensas y abandono confiado en las manos del Padre, que Jesús dio de modo abundante y eficaz durante su Pasión.

d. El Vía Crucis. A través de este ejercicio de piedad los peregrinos recorren, participando con su afecto, el último tramo del camino recorrido por Jesús durante su vida terrena: del Monte de los Olivos, donde en el "huerto llamado Getsemani" (Mc 14,32) el Señor fue "presa de la angustia" (Lc 22,44), hasta el Monte Calvario, donde fue crucificado entre dos

malhechores (ver Lc 23,33), al jardín donde fue sepultado en un sepulcro nuevo, excavado en la roca (ver Jn 19,40-42).

En el ejercicio de piedad del *Vía Crucis* confluyen también diversas expresiones características de la espiritualidad cristiana: la comprensión de la vida como camino o peregrinación; como paso, a través del misterio de la Cruz, del exilio terreno a la patria celeste; el deseo de conformarse profundamente con la Pasión de Cristo; las exigencias del seguimiento de Cristo, según la cual el discípulo debe caminar detrás del Maestro, llevando cada día su propia cruz (ver Lc 9,23) Por tanto debemos motivar su rezo los miércoles y/o viernes de cuaresma.

Nuestro camino cuaresmal guadalupano hacia la Pascua

Desde los inicios de la historia del cristianismo la Iglesia toma conciencia de que la Pascua es el centro de su vida. Los cristianos de los primeros siglos vivieron fascinados por el Misterio de la muerte y resurrección de Cristo que viene a restaurar al hombre, la historia y el universo. Por esto, y siguiendo su mandato, advierten la urgencia de una celebración única, con referencia efectiva a la Pascua donde se actualice la Cena dominical, actualizando la muerte y resurrección de Jesús. Ya en el siglo II, el pueblo cristiano reserva un domingo particular para celebrar la Pascua. Pero para dignificarlo es necesario prepararlo con oración y ayuno.

Por otra parte con la institución, fruto del Espíritu Santo, de la Iniciación cristiana en la noche de la Pascua hace a esta la fiesta principal de los cristianos. Es el propio san Pablo en su carta a los Romanos quien nos enseña que el Bautismo es la perfecta conformación con la muerte y la resurrección de Cristo (Cf. Rm 6,3-5). Con el tiempo, aparecerá y se desollará un periodo de instrucción catequética, moral y espiritual pensada especialmente para los catecúmenos que recibirán su inminente Iniciación: ***la mystagógia***. La ascesis cuaresmal propia de cada cristiano se abre así a las necesidades de aquellos que se encaminan hacia la fe bautismal.

Nuestra cuaresma debe tener un carácter bautismal, sobre el que se funda el carácter penitencial. La Iglesia es una comunidad pascual porque es bautismal. De aquí también el carácter eclesial de la cuaresma. Es el tiempo de la gran llamada a todo el pueblo de Dios para que se deje purificar y santificar por su Señor y Salvador.

Como Iglesia, al comenzar el camino cuaresmal, tomamos conciencia de que el Señor mismo dará eficacia a nuestra penitencia, así nuestra penitencia adquiere el valor de acción litúrgica, es decir, acción de Cristo y de su Iglesia. Todo esto está recogido en la eucología del primer domingo de cuaresma: “Al celebrar un año más la santa cuaresma, concédenos, Dios todopoderoso, avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en plenitud” (Colecta); lo mismo lo encontramos en el Prefacio: “El cual, al abstenerse durante cuarenta días de tomar alimento, inauguró la práctica de nuestra penitencia cuaresmal...”; y también en la Oración postcomunión: “...te rogamos, Dios nuestro, que nos hagas sentir hambre de Cristo, pan vivo y verdadero...”.

En nuestro itinerario de catequesis sobre la Iglesia, nos estamos centrando en considerar que la Iglesia es madre. En el último encuentro hemos puesto de relieve cómo la Iglesia nos hace crecer y, con la luz y la fuerza de la Palabra de Dios, nos

indica el camino de la salvación, y nos defiende del mal. Hoy quisiera destacar un aspecto especial de esta acción educativa de nuestra madre Iglesia, es decir cómo ella nos enseña las obras de misericordia.

Un buen educador apunta a lo esencial. No se pierde en los detalles, sino que quiere transmitir lo que verdaderamente cuenta para que el hijo o el discípulo encuentre el sentido y la alegría de vivir. Es la verdad. Y lo esencial, según el Evangelio, es la misericordia. Lo esencial del Evangelio es la misericordia. Dios envió a su Hijo, Dios se hizo hombre para salvarnos, es decir para darnos su misericordia. Lo dice claramente Jesús al resumir su enseñanza para los discípulos: «Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6, 36). ¿Puede existir un cristiano que no sea misericordioso? No. El cristiano necesariamente debe ser misericordioso, porque este es el centro del Evangelio. Y fiel a esta enseñanza, la Iglesia no puede más que repetir lo mismo a sus hijos: «Sed misericordiosos», como lo es el Padre, y como lo fue Jesús. Misericordia.

Y entonces la Iglesia se comporta como Jesús. No da lecciones teóricas sobre el amor, sobre la misericordia. No difunde en el mundo una filosofía, un camino de sabiduría... Ciertamente, el cristianismo es también todo esto, pero como consecuencia, por reflejo. La madre Iglesia, como Jesús, enseña con el ejemplo, y las palabras sirven para iluminar el significado de sus gestos.

La madre Iglesia nos enseña a dar de comer y de beber a quien tiene hambre y sed, a vestir a quien está desnudo. ¿Y cómo lo hace? Lo hace con el ejemplo de muchos santos y santas que hicieron esto de modo ejemplar; pero lo hace con el ejemplo de muchísimos padres y madres, que enseñan a sus hijos que lo que nos sobra a nosotros es para quien le falta lo necesario. Es importante saber esto. En las familias cristianas más sencillas ha sido siempre sagrada la regla de la hospitalidad: no falta nunca un plato y una cama para quien lo necesita.

La madre Iglesia enseña a estar cerca de quien está enfermo. ¡Cuántos santos y santas sirvieron a Jesús de este modo! Y cuántos hombres y mujeres sencillos, cada día, ponen en práctica esta obra de misericordia en una habitación del hospital, o de un asilo, o en la propia casa, asistiendo a una persona enferma.

La madre Iglesia enseña a estar cerca de quien está en la cárcel. «Pero Padre no, esto es peligroso, es gente mala». Pero cada uno de nosotros es capaz... Oíd bien esto: cada uno de nosotros es capaz de hacer lo mismo que hizo ese hombre o esa mujer que está en la cárcel. Todos tenemos la capacidad de pecar y de hacer lo mismo, de equivocarnos en la vida. No es más malo que tú o que yo. La misericordia supera todo muro, toda barrera, y te conduce a buscar siempre el rostro del hombre, de la persona. Y es la misericordia la que cambia el corazón y la vida, que puede regenerar a una persona y permitirle incorporarse de un modo nuevo en la sociedad.

La madre Iglesia enseña a estar cerca de quien está abandonado y muere solo. Es lo que hizo la beata Teresa por las calles de Calcuta; es lo que hicieron y hacen tantos

cristianos que no tienen miedo de estrechar la mano a quien está por dejar este mundo. Y también aquí la misericordia dona la paz a quien parte y a quien permanece, haciéndonos sentir que Dios es más grande que la muerte, y que permaneciendo en Él incluso la última separación es un «hasta la vista»... Esto lo había entendido bien la beata Teresa. Le decían: «Madre, esto es perder tiempo». Encontraba gente moribunda por la calle, gente a la que empezaban a comer el cuerpo las ratas de la calle, y ella los llevaba a casa para que muriesen limpios, tranquilos, acariciados, en paz. Ellas les decía «hasta la vista», a todos estos... Y muchos hombres y mujeres como ella hicieron esto. Y ellos los esperan, allí [indica el cielo], en la puerta, para abrirles la puerta del Cielo. Ayudar a la gente a morir bien, en paz.

Así la Iglesia es madre, enseñando a sus hijos las obras de misericordia. Ella aprendió de Jesús este camino, aprendió que esto es lo esencial para la salvación. No basta amar a quien nos ama. Jesús dice que esto lo hacen los paganos. No basta hacer el bien a quien nos hace el bien. Para cambiar el mundo en algo mejor es necesario hacer el bien a quien no es capaz de hacer lo mismo, como hizo el Padre con nosotros, dándonos a Jesús. ¿Cuánto hemos pagado nosotros por nuestra redención? Nada, todo es gratis. Hacer el bien sin esperar algo a cambio. Eso hizo el Padre con nosotros y nosotros debemos hacer lo mismo. Haz el bien y sigue adelante. Qué hermoso es vivir en la Iglesia, en nuestra madre Iglesia que nos enseña estas cosas que nos ha enseñado Jesús. Damos gracias al Señor, que nos da la gracia de tener como madre a la Iglesia, ella que nos enseña el camino de la misericordia, que es la senda de la vida. Demos gracias al Señor. (Audiencia General, 10 de Septiembre de 2014)

Elementos para vivir una espiritualidad sacerdotal guadalupana

(adecuando el texto original: "Lectio pastoral y el cambio de Epoca" del P. Gerardo Daniel Ramos scj)

Miércoles de Ceniza: "Vuelvan a mí de todo corazón, con ayuno, llantos y lamentos" (Jl 2,12)

Comenzamos el tiempo de cuaresma, con una particular exhortación a la conversión: "Vuelvan a mí de todo corazón" (Jl 2,12). El llamado parece vehemente: "¡Que el recién casado salga de su alcoba y la recién casada de su lecho nupcial!" (v.16), como si se tratara de una cuestión de vida o muerte. La convocatoria está dirigida "a todo el pueblo", desde los ancianos a los niños de pecho (v.15).

El itinerario cuaresmal resulta decisivo al momento de procurar que nuestra fe se torne significativa en nuestras vidas y elocuente para los demás. Es un tiempo para considerar más en serio nuestro seguimiento de Jesús. Es un espacio análogo al que propicia una peregrinación: ambos nos preparan para celebrar una renovada fe pascual en Cristo Templo vivo de Dios.

Podemos preguntarnos como Clero de Basílica: ***¿Cómo me dispongo para comenzar esta Cuaresma, como presbítero o diácono que sirve al Pueblo peregrino en la Basílica de Guadalupe?*** : *"Hoy pongo delante de ti la vida y la felicidad, la muerte y la desdicha" (Dt 30,15)* El Señor apela a nuestra libertad responsable: vida y felicidad, muerte o desdicha están en nuestras

manos. Todo depende de la actitud que adoptemos de cara a la iniciativa salvífica de Dios: *"Si escuchas los mandamientos del Señor [...] entonces vivirás, te multiplicarás, y el Señor, tu Dios, te bendecirá". En cambio, "si tu corazón se desvía y no escuchas, si te dejas arrastrar y vas a postrarte ante otros dioses para servirlos, yo les anuncio hoy que ustedes se perderán irremediablemente"* (Dt 30, 16-18).

También hoy, en la vida de cada uno de nosotros, tiene lugar esta confrontación entre el culto al Dios vivo y otras opciones de tono idolátrico. Idolatrar es absolutizar cualquier realidad creada al margen o en competencia con Dios. Una opción así, por ejemplo, en pos de una persona, del dinero, del poder o de las gratificaciones fáciles, o incluso una distorsión fanática o reductiva de la propia percepción y actitud religiosa, no pueden conducir a buen puerto.

Podemos preguntarnos: *¿Hay algo o alguien que en este momento de mi vida ocupe el lugar de Dios?* "¿Es éste acaso el ayuno que Yo amo?" (Is 58,5)

Ninguna práctica religiosa debería ser meramente exterior: tampoco el ayuno. Para no caer ni en el ritualismo ni en la hipocresía, es preciso que el acto externo se condiga con el interno; o también, que la palabra y el gesto se correspondan con la actitud religiosa de parte nuestra. En el caso concreto del ayuno y no solo pensar en el alimento, sino en ese universo interior que llevamos, disciplinar nuestras pulsiones y temperar nuestros deseos por medio de alguna forma de privación voluntaria, deberían condecirse con un mayor compromiso de justicia en el modo en que obramos con nuestro prójimo. Si el ayuno no nos ayuda a ser más ecuanímenes y caritativos, carece de sentido. "Éste es el ayuno que Yo amo -oráculo del Señor-: soltar las cadenas injustas, desatar los lazos del yugo, dejar en libertad a los oprimidos y romper todos los yugos; compartir tu pan con el hambriento y albergar a los pobres sin techo; cubrir al que veas desnudo y no despreocuparte de tu propia carne" (Is 58,6-7).

Podemos preguntarnos: *¿Oriento el sentido penitencial de la cuaresma hacia una mayor justicia y caridad para con mis hermanos los peregrinos, mis hermanos laicos colaboradores del santuario, mis hermanos presbíteros y diáconos?*

PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

DOMINGO I de Cuaresma: "Fue conducido por el Espíritu al desierto" (Lc 4,1-13)

- 1) *"Fue conducido por el Espíritu al desierto, donde fue tentado por el demonio durante cuarenta días"*. La primera vez que leí esta frase me impactó mucho, porque queda claro que es el Espíritu de Dios el que quiere que el Hijo sea puesto a prueba. En efecto, en el texto original griego, *peirasmós* significa tentación, prueba. El desierto es un lugar natural para ser probados: allí no hay seguridades pero sí muchos peligros, escasea el agua y el pan, no se avizora el horizonte, el clima es hostil, etc. Por el desierto, que por momentos es una

metáfora de la existencia humana, peregrinó Israel durante el simbólico tiempo de cuarenta años. Ahora Jesús es probado durante cuarenta días en ese mismo lugar en que el pueblo de la Primera Alianza murmuró y renegó de Yahveh, mostrándonos a los discípulos de la Nueva Alianza cómo debemos proceder de ahora en más nosotros para no equivocarnos el camino.

- 2) En su conjunto, las *tres tentaciones* condensan los grandes desafíos a que Jesús quedará expuesto a lo largo de su ministerio público: retornarán formalmente en Getsemaní y sobre todo, al pie de la cruz. Esto nos recuerda que, como en el caso del Maestro, toda la vida del discípulo estará sujeta a la prueba, y a lo largo de toda ella habrá que permanecer vigilantes en el discernimiento para seguir viviendo como hijos o hijas de Dios. Por otra parte, el tres es simbólicamente un número que nos remite a las cuestiones decisivas en el plano de la vida y de lo religioso. En concreto, en *Lc*, tres anuncios y constataciones de la pasión, tres días en el sepulcro, tres negaciones, tres peticiones de crucifixión, etc.

a) “*Si Tú eres Hijo de Dios, manda a esta piedra que se convierta en pan*”. La primera tentación o prueba tiene que ver con las cosas esenciales. El pan resume no sólo el alimento de cada día, sino que es un símbolo de las necesidades cotidianas: afectos, seguridades, satisfacción. El pan es lo que llena y sacia; es lo que satisface el deseo y gratifica. Pero “el hombre no vive solamente de pan”, responde Jesús de acuerdo al libro del *Dt*: está llamado a más. Como lo señala *Mt*, está llamado a vivir de “toda palabra que sale de la boca de Dios”. Es decir, a vivir no sólo en conformidad a lo ‘importante para mí’, asociado al goce natural de los impulsos, sino sobre todo a lo ‘importante en sí’, asociado al gozo pascual de los valores. Justamente porque Jesús es Hijo de Dios, no vivirá por debajo de lo que eso significa.

b) “Te daré todo este *poder* y el *esplendor* de estos reinos, porque me han sido entregados, y yo los doy a quien quiero. Si Tú te postras delante de mí, todo eso te pertenecerá”. Aquí la prueba recae en el tema del dominio y el prestigio. El demonio se atribuye una posesión exclusiva al respecto, y en consecuencia, la capacidad de darlo arbitrariamente a quien quiere. Es, por tanto, su reino. El poder y el esplendor seducen más sutilmente que el pan, porque tocan las fibras profundas de la persona: poder y esplendor hacen que nos sintamos seguros, que sintamos que tenemos control sobre los demás, que decidimos incluso quién vive y quién muere, quién entra y a quién se excluye. Poder y esplendor nos hacen sentir dioses (“serán como dioses” [*Gn* 3,5]). A causa de estas connotaciones idolátricas que tienen el poder y el esplendor, es que Jesús responde: “Adorarás al Señor, tu Dios, y a Él sólo rendirás culto”.

c) La tercera prueba tiene que ver con el modo de llevar a cabo la misión mesiánica: “Si Tú eres Hijo de Dios, *tírate de aquí* abajo” (“baja de la cruz para que creamos”; o incluso “aparta de mí este cáliz”). Tiene que ver con un modo anestesiado, menos cruento, de llevar a término la obra de la redención, valiéndose del ‘privilegio’ de ser Hijo de Dios. Pero una vez más, justamente porque Jesús es Hijo de Dios, no puede dejar de asumir el plan de salvación tal como éste ha sido concebido por su Padre: “No tentarás al Señor, tu Dios”. También la misión del discípulo transitará

en ocasiones por los valles de la cruz, y éste deberá continuar sin apostatar, elevándose a lo mejor de sí mismo. Porque no existe, en realidad, un cristianismo fácil y a la carta.

- 3) “Una vez agotadas todas las formas de tentación, *el demonio se alejó* de Él, hasta el momento oportuno”. La lucha espiritual nunca concluye: es preciso estar siempre vigilantes, con las lámparas encendidas. Aquí el ‘momento oportuno’ es sin dudas el de la crucifixión (ver *Lc 23,35-39*). Se produce así lo que se llama una ‘inclusión’: desde el inicio hasta el fin, el ministerio pastoral de Jesús estará signado por la prueba y el discernimiento de lo que en verdad significa obrar como Hijo de Dios. También nuestra condición de discípulos misioneros se verá interpelada, y el Señor nos pedirá que demos una respuesta generosa desde nuestra libertad responsable.

Es así que podemos preguntarnos: *¿en qué consiste la tentación del ‘pan’ en mi vida sacerdotal? ¿Cuáles son los “reinos” que se me apartan de mi ministerio? ¿Cuál es la espiritualidad sacerdotal light que a veces asumo como alternativa de vida y me aparto de la espiritualidad de la misericordia?*

MARTES I SEMANA DE CUARESMA "La palabra que sale de mi boca no vuelve a mí estéril" (Is 55,11)

La Palabra del Señor no sólo es elocuente, sino también eficaz. Tiene la fuerza de la autenticidad, que es lo propio de Dios: la Palabra revela transparentemente su misterio, que es vida y salvación para el que la recibe. La Palabra es fecunda porque surge de la entraña misma del misterio trinitario: nos da a conocer la hondura de Dios. En ocasiones, nuestras palabras son vacías y, faltas de contenido, se revelan estériles. Acaban significando poco o nada, en un farrago de informaciones innecesarias o superficiales. Sólo el silencio madura la palabra y la torna elocuentemente significativa transformadoramente eficaz. Es en el silencio de María, que "la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros" (*Jn 1,14*).

Podemos preguntarnos: *¿Por encima de mis labores ministeriales en Basílica, dedico tiempo a la lectura orante de la Palabra?*

MIÉRCOLES I SEMANA DE CUARESMA: "Dios se arrepintió de las amenazas que les había hecho" (Jon 3,10)

La convicción de que Dios es lento para el enojo y rico en misericordia es muy recurrente en la Biblia. Incluso su aparente enojo se ordena a la conversión de su pueblo, o a la de los creyentes en particular. Lo que el Señor, en definitiva, quiere es que las personas se aparten del mal y vivan. Él no se complace en el castigo sino más bien en el perdón. Esto es lo que ilustra el relato de Jonás en Nínive. Se trata de un cuento didáctico, que apunta a subrayar la intención salvífica universal de Yahveh. Lo único que se requiere al respecto es la conversión del corazón, cambiar de vida, no enquistarse ni reincidir en la maldad. Presupuesto esto, el Señor no hace acepción de personas: para Él todos somos iguales, destinatarios de su compasión y cercanía.

Podemos preguntarnos: *¿Estoy abierto a la conversión pastoral? ¿Participo de los sentimientos y actitudes de misericordia propios de Dios, especialmente en mi trato con mis hermanos los peregrinos?*

VIERNES I SEMANA DE CUARESMA "¿Acaso deseo Yo la muerte del pecador?" (Ez 18,21-28)

El Señor no se complace en la muerte del pecador, sino en que se convierta y viva (Ez 18,23). Una gran verdad, pero no siempre bien comprendida e internalizada, en nuestra vida espiritual. Dios no busca complicarnos la vida, sino más bien salvarla. Todo lo que nos acontece a lo largo de nuestra existencia, en el plan providencial del Señor, se ordena a este único fin. Nadie es predestinado al mal, de ninguno Dios desespera. Lo único que se nos pide en contrapartida es docilidad para buscar comprender ese plan providencial, que no deja de ser misterioso; y una consecuente y generosa responsabilidad ética, centrada principalmente en la justicia y el amor.

Podemos preguntarnos: *¿En mi ministerio, confío en la misericordia del Señor y obro dócilmente en consecuencia?*

"Si no son mejores que los letrados y fariseos..." (Mt 5,20-26)

Los letrados y fariseos eran buena gente, pero a mi gusto demasiado formales. Habían hecho del culto a la Ley o Torah el eje de sus vidas, pero también la habían enmarcado en un tradicionalismo legalista exagerado. Y así la ética que de ella se desprendía acababa siendo meramente exterior, rígida y casi sin vida. Jesús pide una perfección mayor. No tanto la del cumplimiento estrictísimo, sino más bien la que surge de la gratuidad y el don. En lo práctico, esto incluye la cordialidad y la misericordia en las relaciones interpersonales, el espacio humano. Para Jesús, ser perfecto no es tanto hacer más y mejor, sino más bien dejarse imbuir de la presencia amorosa de Dios.

Me pregunto: *¿Cómo sacerdotes, nos hacemos espacio para vivir más gratuita y distendidamente la vida? ¿Impregna esta gratuidad nuestra espiritualidad sacerdotal en nuestro modo de relacionarnos con el Señor y con nuestros hermanos y hermanas?*

SABADO I SEMANA DE CUARESMA: "Sean perfectos como el Padre celestial es perfecto" (Mt 5, 43-48)

Las prácticas religiosas siempre se caracterizaron por exigir de sus fieles la perfección. La cuestión es en qué se fundó esa perfección. Por ejemplo, en las religiones primitivas, la perfección tenía que ver con el modo de proceder en rituales, y así adquiría connotaciones casi mágicas, ya que era 'tabú' transgredir lo pautado desde antiguo. En otros casos, la perfección se asoció a un celo fundamentalista, o a un espíritu de sacrificio casi ilimitado. En Occidente, un cierto modo de entender el cristianismo condujo también a prácticas morales con tonalidades narcisistas. Para Jesús, en cambio, la perfección está en el amor a los enemigos: "Han oído que se dijo: 'Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo'. Yo, en cambio, les digo: 'Amen a sus enemigos, hagan el

bien a los que los aborrecen y recen por los que los persiguen y calumnian. Así serán hijos de su Padre que está en el cielo" (Mt 5,43-44).

Respondámonos a nuestra conciencia: *¿Soy capaz de perdonar de corazón y trascender ese natural y comprensible, espíritu de venganza que nos caracteriza? ¿Qué pasos puedo dar al respecto en mi vida sacerdotal?*

SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

DOMINGO II DE CUARESMA “¿Qué bien estamos aquí!” (Lc 9, 28 -36)

En ocasiones, la vida nos hace experimentar las denominadas ‘*experiencias significativas*’. Son momentos particularmente intensos, que reúnen plenitud de sentido, que condensan emociones indescriptibles, y que permanecerán en nuestra memoria como algo irrepetible e inefable. Una experiencia de amistad entrañable, un período laboral particularmente productivo, un viaje sorprendente e inolvidable, el descubrimiento de algunas intuiciones decisivas, un período vital de particular creatividad o fecundidad, un tiempo de oración y vida interior verdaderamente transformador. También Jesús, casi previendo su pascua, vivirá una experiencia cumbre en el monte de la transfiguración: “Mientras oraba, su rostro cambió de aspecto y sus vestiduras se volvieron de una blancura deslumbrante”. En este contexto de oración en que Lucas nos presenta varias veces a Jesús, el blanco deslumbrante parece anticiparnos su resurrección: un anticipo de lo definitivo.

Además, y en condiciones de esplendor semejantes a las de Jesús, “dos hombres conversaban con Él: eran Moisés y Elías, que aparecían revestidos de gloria y hablaban de la partida de Jesús, que iba a cumplirse en Jerusalén”. Moisés y Elías representan a la Ley (*Torah*) y los Profetas (*Nebihim*): es decir, las Escrituras de la Primera Alianza, la tradición del Antiguo Testamento. Si Jesús dialoga con ellos acerca de los acontecimientos pascales que deben cumplirse en Jerusalén, es señal de que todo está previsto en el libreto, y que los sucesos dramáticos de la pasión, hacia los cuales el Señor se encamina decididamente, tendrán un significado profundo: nada queda expuesto al azar, todo tendrá sentido. Es así que el futuro puede aguardarse con confianza y enfrentarse con decisión.

A la luz de lo dicho, es comprensible la reacción ingenuamente entusiasta de Pedro: “Maestro, ¡qué bien estamos aquí! *Hagamos tres chozas*”. Pedro podía haber pensado: ‘Que no se nos pase esta experiencia indescriptible, no la dejemos ir así nomás, congelemos este momento cumbre para siempre’. Es la tentación de lo que se denomina pecado de ‘presunción’, que podríamos resumir como la pretensión de un ‘paraíso ya’ y ‘a la carta’. Por eso el texto añade inmediatamente que “él no sabía lo que decía”. En efecto, las experiencias cumbre no pueden retenerse, sino que son para ser agradecidas, para renovar la esperanza creyente y luego dejarlas partir. Proceder de otro modo es portarse “como enemigos de la cruz de Cristo”: como lo hace el mismo Pedro en su impremeditación (ver *Mc* 8,33), destruyendo la riqueza, encanto y mensaje de esas mismas experiencias que no se supieron consignar a tiempo.

La respuesta de lo alto sugiere estas mismas cosas: “*Éste es mi Hijo, el Elegido, escúchenlo*”. Es como si el Padre dijese: ‘Bajen de la montaña y reemprendan la vida cotidiana, viviendo con mayor pasión la vida teologal, como hijos de la promesa, como lo hace mi Hijo Amado’. San Pablo toma conciencia también de esto mismo cuando afirma que “somos ciudadanos del cielo, y esperamos

ardientemente que venga de allí como Salvador el Señor Jesucristo". En efecto, escuchar al Hijo en la vida cotidiana y reproducir sus actitudes posibilita abrirse al futuro con entusiasmo y optimismo. Como lo hizo Abraham: "Mira hacia el cielo y, si puedes, cuenta las estrellas [...]. Así será tu descendencia".

Podemos preguntarnos: ¿Cuáles fueron las experiencias cumbre más significativas que he vivido en mi ministerio? ¿Qué actitud adopto hoy ante ellas: de presunción o de gratitud? ¿En qué sentido estas experiencias vividas nutren mi fe, esperanza y amor en la vida sacerdotal de cada día, aquí en el Tepeyac?

LUNES II SEMANA CUARESMA "Sean compasivos como el Padre de ustedes es compasivo" (Lc 6,36-38)

El relato de hoy es recurrente, al insistir en que se nos pagará con la misma moneda que nosotros utilizamos para con nuestro prójimo: "No juzguen, y no serán juzgados; no condenen, y no serán condenados; perdonen, y serán perdonados; den, y se les dará [...]. La medida que usen, la usarán con ustedes". Lo que Jesús nos propone es medir todo con la misma vara. Dicho en positivo, "amar al prójimo como a uno mismo", y "ser compasivos como el Padre de ustedes es compasivo". Por lo general, y en todos los órdenes de la vida, solemos evaluar con criterios diferentes las conductas ajenas y la propia. Incluso sin ser del todo conscientes, tendemos a ser exigentes con la ética de los demás, y laxos o al menos condescendientes con la propia; reclamamos legítimos derechos individuales, porque los consideramos justos, pero no nos responsabilizamos con la misma pasión y empeño por el bien común, que es el bien de todos y de cada uno.

Me pregunto, *¿soy capaz de colocarme en el lugar del otro, al momento de juzgar, decidir y actuar?*

MARTES II SEMANA DE CUARESMA SOLEMNIDAD DE SAN JOSE, Patrono del Venerable Cabildo de Guadalupe.

"José hizo lo que le había mandado el ángel del Señor" (Mt 1,24)

El relato de Mateo nos presenta a un José perplejo por el inesperado embarazo de María, con la que aún no convivía. Sin saber bien a qué atenerse, decide repudiarla en secreto. Sin embargo, Dios le hablará en sueños, y le hará ver que lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. En ocasiones, la historia sagrada se alimenta y entreteje en base a situaciones paradójales, desconcertantes, aparentemente incomprensibles. Es lo típico de la acción de Dios, a la vez fascinante y tremendo, el totalmente Otro (R. Otto), que nos invita a transitar por rumbos aún desconocidos, inexplorados y misteriosos. Haciendo lo que el ángel del Señor le había mandado, José nos está dejando un testimonio de fe. Como María, da su 'sí' sin entender demasiado, pero fiándose de Dios: 'avanza en la fe' en plena oscuridad, sin otra certeza que la de saber en Quién se ha confiado. Y así contribuye a que la historia de salvación pueda seguir su curso. Esa historia que de acuerdo a las lecturas de la *Solemnidad de San José* se inicia con la fe de Abraham (ver *Rom* 4,18) y prosigue en la vida de cada uno de nosotros.

Podemos preguntarnos: *¿Soy capaz de abandonarme en las manos de Dios, pese a no comprender por anticipado y acabadamente lo que Él espera realmente de mí y de mi ministerio sacerdotal, aquí en el Santuario del Tepeyac?*

MIERCOLES II SEMANA CUARESMA "Inventemos algún cargo contra él" (Jer 18,18)

La temática del justo perseguido aparece encarnada tanto en la figura del profeta Jeremías como en la vida de Jesús (ver Mt 20,17- 28). En ambos casos, lo que genera resistencia y contradicción es la presentación diáfana de la verdad. En el caso de Jeremías, si la dirigencia del pueblo continuara apartándose de las exigencias de la Alianza, el anuncio de calamidades; y en el de Jesús, lo concerniente al desenlace de su propia vida: "Subimos a Jerusalén, donde el Hijo del hombre va a ser entregado" (Mt 20,17).

La verdad genera resistencia en cada uno de nosotros, porque nos trasciende e interpela nuestra naturaleza herida, y por este motivo no nos deja tranquilos. Cuando la misma se encarna en un testigo histórico, inevitablemente surge en nosotros alguna de estas dos posibles actitudes: la feroz resistencia a lo que hemos percibido agrediendo al mensajero, o la humilde aceptación de que algo tendrá que modificarse en nosotros.

Podemos preguntarnos: *¿Cuál es mi actitud sacerdotal ante la verdad evangélica que me interpela?*

"El que quiera ser el primero entre ustedes..." (Mt 20,17- 28)

A todos nos gusta mandar, incidir en las opiniones ajenas, y tener control sobre las situaciones socialmente conflictivas. Los discípulos de Jesús no escapaban a esta tendencia tan humana, y por ello discutían y peleaban entre sí para ver quién era el mayor. En contrapartida, el Señor les propone la grandeza del servicio, que Él mismo ejemplificará por medio del lavatorio de pies, poco antes de morir. El que sirve pone en primer lugar a los demás, pero procediendo así, los incluye en su vida: ésta se expande con nuevo espacio y vínculos teologales. De este modo despliega su humanidad y crece. En cambio, quien se deja llevar por la fascinación del dominio ('Tener y controlar para ser más'), pone una distancia mortal frente a los demás. Esto lo aísla y empobrece. Al desconfiar y no entrar en comunión, acaba recortando e inhibiendo su propia humanidad.

Desde el centro narcisista de los flashes y el poder no puede apreciarse y disfrutarse en profundidad la escena. Desde las márgenes, en cambio, se tiene una mejor perspectiva y serenidad para brindar por la vida. Es cierto que sólo quien está seguro del propio valor personal y tiene una autoestima bien fundada en su condición de hijo de Dios puede 'arriesgarse' a descentrarse y servir: a resignar sus intereses y, llegado el caso, ceder el mando. En cambio, quien ha hecho de su propio espacio de potestad un medio para sus fines mezquinos, cuando se ve obligado a resignarlo tiene la impresión de quedarse sin nada..., y solo.

Podemos preguntarnos, *¿cómo utilizo el espacio social del que dispongo en mi vida sacerdotal? ¿Hago de él un empoderamiento personal o sectorial, un culto, favorezco mi vanagloria? ¿Cómo ejerzo la autoridad, respeto o hundo al hermano?*

JUEVES II SEMANA CUARESMA (Lc. 16, 19-31)

El contraste entre sociedades y sectores opulentos ('el rico que banqueteaba' como *winner*), y naciones y enclaves misérrimos (simbolizados en 'el pobre Lázaro' que aparece como un *looser*) constituye hoy más que en otros tiempos un dramático y alarmante pecado social que 'clama al cielo'. La concentración de riqueza, asociada a un mayor desarrollo humano y a niveles mucho más aceptables y superiores de capital intelectual, social y simbólico, se presenta como la contracara de una masa amorfa de millones de anónimas personas que viven por debajo de la línea de indigencia, con menos de dos dólares diarios *per capita*, y que sin embargo están presentes de un modo preferencialmente entrañable en el corazón de Dios. Una brecha aparentemente infranqueable se establece entre ambos grupos humanos en la denominada 'sociedad líquida' (Z. Bauman) global.

La parábola de Jesús, al proponernos como horizonte último de nuestra existencia un juicio compensador, en el que el pobre resulta beneficiado entrando en el seno de Abraham y el rico insensible es castigado gimiendo en el *Sheol* (=lugar de las sombras), más que atemorizarnos o aletargar nuestra responsabilidad personal (según convenga), busca hacernos reaccionar, despertándonos de ese sopor o incomprensible letargo al que nos hemos venido habituando, e invitándonos a tomar algún tipo de iniciativa al respecto. Todos podemos hacer algo para reconocer e incluir al que está afuera permanente o temporalmente, y todos podemos hacer algo para mejorar nuestra calidad de inserción y participación, superando creativamente la tentación de la violencia ciega que a nada conduce.

Podemos preguntarnos: *¿Qué iniciativa tomo en mi vida sacerdotal para hacer partícipe de lo mío (espacio social, bienes, conocimientos, tiempo) al que no tiene? ¿Qué actitudes creativas adopto para no dejarme vencer por el resentimiento en las situaciones en las que me experimento marginado en mi vida ministerial?*

VIERNES II SEMANA CUARESMA "La piedra que los constructores desecharon" (Mt 21,33-46)

La parábola de los viñadores homicidas preanuncia la muerte de Jesús. Es una imagen viva del rechazo que el Señor experimentará de parte de los sectores influyentes de su pueblo, pero también de la resistencia que el mensaje evangélico y sus anunciadores padecerán a lo largo de la historia. En particular, esta parábola se convierte en una metáfora viva del Occidente moderno y postmoderno, en cuya cultura hegemónica parecería no existir lugar para el Hijo-Heredero, sino más bien una preponderante actitud de abierto rechazo. El dramatismo de la parábola, que pone de manifiesto la necesidad con que proceden los viñadores y el castigo que en consecuencia merecerían, suscita en nosotros la pregunta acerca de nuestra disposición para recibir al Hijo-Palabra. Él adviene a nuestra vida como enviado del Padre a través del anuncio de los discípulos-misioneros (=la Iglesia, pueblo de Dios), pero también mediando su presencia en el rostro de los pobres, en quienes acostumbra 'ocultar su gloria'.

Podemos preguntarnos: ¿Desde mi ministerio estoy abierto a la fe, y dispuesto a vivir sus implicaciones éticas? ¿Percibo en mí dureza de corazón o resistencia a las insinuaciones del Espíritu? ¿Tengo una actitud de asombro y apertura frente a quienes, hermanos sacerdotes o laicos peregrinos, me anuncian el Evangelio?

SABADO II SEMANA CUARESMA "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti" (Lc 15,21)

La parábola del padre misericordioso nos presenta dos modos diferentes de alejamiento. Por un lado, el del hijo menor, que tomó 'la parte que le correspondía', se alejó, y dilapidó la herencia de su padre. Pero también el del hijo mayor, que si bien es cierto se quedó en casa trabajando, en realidad nunca acabó de descubrir a su padre como padre ("Hace tantos años que te sirvo" como esclavo, aclararía la palabra griega *duleuo*); ni a su hermano como hermano ("Este hijo tuyo..."). Ambos hijos tienen necesidad de experimentar la misericordia del Padre (H. Nouwen). Mirado así, ambos hijos tienen necesidad de conversión.

En efecto, el hijo menor se presenta como icono privilegiado de nuestro alejamiento de juventud: faltos de experiencia, encandilados por el afán de libertad y de una vida a nuestra medida, presuntuosos de poderlo todo ilimitadamente, de disfrutar sin restricción alguna, sin norma ni ley, acabamos 'haciendo la nuestra' por cuenta propia (*¡solo hazlo nada importa!*). Es una imagen también de la veleidad de pueblos e idiosincrasias jóvenes, sin suficiente tradición a sus espaldas con la que dialogar o confrontarse.

El hijo mayor, en cambio, es preferentemente imagen del pecado adulto y tiende a prevalecer en los *ethos* culturales sedimentados: se asocia a la rigidez de una posición laboriosamente adquirida, a un creer que ya no se le debe nada a nadie (lo cual hace perder el sentido de gratitud), a pensar que se puede juzgar duramente a los demás con inmunidad desde el immaculado tribunal de Dios. El hijo menor que subsiste en nosotros está llamado a descubrir la claridad y calidez del hogar paterno, a saber, una vida en la presencia de Dios, mediada por la participación de una comunidad (cristiana) que acoge y libera. Nuestro hijo mayor, en cambio, tendrá que ablandar el corazón, adquiriendo los sentimientos compasivos del Padre, reconociendo con alivio y gratitud el don de Dios en la propia vida y abriéndose con gratitud al perdón y la misericordia.

En este tiempo de Cuaresma podemos preguntarnos, ***¿qué puedo hacer para interiorizar un poco más los sentimientos de Dios Padre? ¿cómo vivirlos en mi ministerio sacerdotal especialmente hacia los más débiles, pobres e indefensos?***

TERCERA SEMANA DE CUARESMA

DOMINGO III DE CUARESMA “ Si no se convierten perecerán de manera semejante (Lc 13, 1-9)

Cuando *acontece una catástrofe* o alguna persona cercana atraviesa una situación límite, podemos estar tentados de buscar un 'chivo expiatorio' ('Juicio y castigo'). O por el contrario, pensar que eso se debe a que alguien no hizo bien las cosas ('Por algo será...'). En definitiva, así pensaba la gente en tiempos de Jesús. Por eso el Señor se pregunta retóricamente: "¿Creen ustedes que esos galileos [sacrificados por Pilato en el Templo] sufrieron todo esto porque eran más pecadores que los demás? [...]. ¿Creen que las dieciocho personas que murieron cuando se desplomó la torre de Siloé, eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén?". Y se encarga de aclarar: "Les aseguro que no, y si ustedes no se convierten, todos acabarán de la misma manera".

La primera constatación, entonces, es que no existe una relación directa entre pecado (personal o social) y sufrimiento, y que no es que quienes más sufren lo hacen porque son peores personas. Al menos no para Jesús, quien siendo Justo murió en la cruz. Por el contrario, una percepción

sapiencial de la historia nos hace ver que ésta última es ‘una larga paciencia de Dios’: una invitación permanente a la reflexión y a la conversión de actitudes, que habitualmente sucede y madura a lo largo del tiempo y los años, nutrida de variadas experiencias leídas a la luz de la fe.

Es lo que expresa simbólicamente la metáfora evangélica de la *higuera que no acababa de dar higos*. Cuando el dueño de campo diga a su empleado: “Hace tres años que vengo a buscar frutos en esta higuera y no los encuentro. Córdala, ¿para qué malgastar la tierra?”, la respuesta de éste será: “Señor, déjala todavía este año; yo removeré la tierra alrededor de ella y la abonaré. Puede ser que así dé frutos en adelante. Si no, la cortarás”. Como este campesino laborioso, Dios es “lento para enojarse y de gran misericordia”: no tiene apuro por resolver las situaciones ambiguas, se toma su tiempo porque tiene fundadas esperanzas en lo que es objeto de sus desvelos.

Esta proverbial paciencia de Dios, más que dejarnos pasivos o convertirnos en seres indolentes, nos invita a recapacitar, para poder retribuir mediante una respuesta personal que surja de nuestra vigilancia creyente. Eso es lo que también nos enseña la historia sagrada, por vía negativa y de acuerdo al *Midrash* paulino: “Todos comieron la misma comida y bebieron la misma bebida espiritual [...]. A pesar de esto, muy pocos de ellos fueron agradables a Dios, porque sus cuerpos quedaron tendidos en el desierto. Todo esto aconteció simbólicamente para ejemplo nuestro, a fin de que no nos dejemos arrastrar por los malos deseos, como lo hicieron nuestros padres”. El corolario es simple: si bien no existe en la historia presente una relación directa entre pecado y castigo, de cara al Reino definitivo no hay que abusar de la paciencia de Dios. Y así, “el que se cree muy seguro, ¡cúidese de no caer!”.

Existe un punto de convergencia entre la paciencia histórica de Dios de cara al sufrimiento humano y el llamado a la vigilancia por parte del hombre: la *compasión entrañable de Dios*, que se manifiesta en su propio abajamiento, y que lo lleva a hacer experiencia personal del dolor humano en el misterio de la cruz. “Yo he visto la opresión de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor, provocados por sus capataces. Sí, conozco muy bien sus sufrimientos. Por eso he bajado a librarlo del poder de los egipcios y a hacerlo subir, desde aquel país, a una tierra fértil y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel. Ahora ve, Yo te envío al Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas”.

En última instancia, si el Señor es paciente frente a todo aquello que en la historia ‘no cierra’, es porque pretende liberar a su pueblo, y a cada uno de nosotros desde dentro de ella. Unido al misterio de Cristo, el sufrimiento está llamado a despertar en nosotros una radical vigilancia creyente, para descubrir en el día a día la presencia del Señor que busca darnos vida plena y eterna por la fe. La adversidad abre las pupilas de nuestro corazón para que descubramos esa presencia amorosa y entrañable de Dios en los acontecimientos cotidianos, tornándonos simultáneamente compasivos ‘frente al hermano sólo y desamparado’.

Podemos preguntarnos: ¿Qué situaciones de sufrimiento, propio o ajeno, me han afectado realmente? ¿En qué sentido abrieron mi corazón a la misericordia, especialmente con los peregrinos? ¿Descubrí la presencia del Señor en todo esto? ¿En qué sentido me hicieron más misericordioso con quienes sufren, para con los mas débiles y pequeños?

LUNES III SEMANA CUARESMA Solemnidad de la Anunciación del Señor. "Hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38)

La *Solemnidad de la Anunciación del Señor* nos pone de cara a dos misterios: el del anonadamiento de Dios, que siendo infinito se auto limita por amor; y el del enaltecimiento del hombre, que siendo frágil y pecador es dignificado. Dios se humaniza para que el hombre se divinice, decía san Ireneo de Lyon en el siglo II: es por eso que "la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros" (*Jn 1,14*).

El misterio de la Encarnación fue posible gracias a la libre concurrencia de un doble sí: el del Hijo de Dios, que en el momento de entrar en el mundo dijo: "Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad" (*Heb 10,7*), y el de María, que en la escena de la Anunciación responde a las palabras del ángel: "Aquí está la servidora del Señor, hágase en mí según tu palabra" (*Lc 1,38*). Es la convergencia dócil y efectiva de estas dos libertades lo que permite que llegue a plenitud la historia de salvación, y se concrete el misterio de la Redención.

Los decididos 'sí' del Verbo Encarnado y de María nos interpelan para que también nosotros seamos capaces de ofrecer cotidianamente nuestro asentimiento creyente. La historia de salvación seguirá actualizándose en el 'hoy' de nuestro tiempo en la medida en que el Espíritu de Dios siga encontrando personas disponibles al designio de Dios Padre para con sus vidas. Es esta docilidad la que nos hace entrar dentro de la lógica de gratuidad con que el Señor acostumbra manejarse para enriquecer nuestras vidas. La que se asocia al don, más que al sacrificio, las víctimas y los holocaustos.

Si bien se achaca al cristianismo haber introducido una lógica dolorista y sacrificial, lo cual por momentos pudo haber sido cierto, por ejemplo, de la mano del jansenismo en los siglos de la modernidad (XVII al XIX), el cometido más original en la vida del discípulo de Cristo es el de acoger gratuitamente el don de lo alto, como lo hizo sencillamente María, y ofrecerlo desinteresadamente, como lo hizo dadivosamente el Hijo de Dios.

Podemos preguntarnos: ¿Vivo disponible al don de lo alto? ¿Soy dócil a las mociones del Señor?

MARTES III SEMANA CUARESMA "¿Cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano?" (Mt 18,21)

En ocasiones algunas personas nos hacen perder la paciencia recurrentemente. Sobre todo cuando nos da la impresión de que nuestros derechos, espacios o dignidad son avasallados por actitudes negligentes, displicentes o agresivas que se tornan habituales por repetirse una y otra vez. Es entonces cuando se nos hace más difícil no tomar en cuenta el agravio y perdonar 'en serio'. Simón Pedro creía comprender bien a Jesús cuando proponía perdonar hasta siete veces, número que en el imaginario bíblico expresa perfección o plenitud. Pero el Señor va más allá de este número limitado de veces, y propone a sus discípulos perdonar hasta "setenta veces siete". Es decir, siempre, ilimitadamente. Evidentemente, toda ofensa o agravio tiende a herirnos y a poner de manifiesto nuestra vulnerabilidad intrínseca de creaturas. Sin embargo, la falta de perdón puede ser aún más destructiva que la misma agresión padecida.

Por eso estamos llamados a trascender el perjuicio sufrido. Más aún, el Evangelio de Jesús nos invita a ponernos en lugar de la otra persona, ya que sólo intentando comprenderla en profundidad tendremos la libertad interior necesaria para perdonarla de corazón. Sobre todo cuando la injusticia

infligida se deba a que ella 'no sabe lo que hace'. Mirado así el hecho de vida, la injusticia que conduce al perdón se convierte en una ocasión providencial de crecimiento humano - espiritual, debido a que nos posibilita elevarnos a lo mejor de nosotros mismos. Esto no obsta que podamos evitar futuros agravios, interponiendo una saludable distancia de perspectiva respecto de la persona agresora. Porque la capacidad de perdón no debe ignorar la justicia y el respeto, que es su expresión concreta en las relaciones interpersonales, ni tampoco identificarse con enfermizas tendencias masoquistas...

Podemos preguntarnos, *¿Cómo sacerdote tengo como deuda pendiente algún perdón aún no concedido? ¿Qué pasos puedo dar para destrabar esta situación y recuperar la verdadera paz de espíritu, en mi vida ministerial?*

MIÉRCOLES III SEMANA "Escucha los preceptos y las leyes que yo les enseño" (Dt. 4,1.5-9)

Hoy hemos perdido la capacidad de escuchar. La multiplicidad de mensajes nos dificulta prestar atención, y fácilmente nos dispersamos. Escuchar supone captar el sentido profundo de lo que se está diciendo o comunicando, y obrar en consecuencia. Por eso, tanto en la lengua hebrea como en el griego bíblico, 'escuchar' tiene la misma etimología que 'obedecer'. 'Escuchar' los preceptos y las leyes que Yahveh enseña conlleva el deber de 'obedecer' y ponerlos en práctica. De esa docilidad dependerá tener vida, es decir, ser felices. En ocasiones, lo que más bien escuchamos son los mensajes publicitarios o las propuestas de vida vanas. Son las que no conllevan una invitación a vivir sapiencialmente, sino más bien, a rondar en la superficie, sin anclaje profundo. Escuchar la fugacidad banal de palabras sin norte conduce a un presuntuoso encandilamiento o a la escéptica decepción.

Podemos preguntarnos: *¿A quién estoy escuchando? ¿quienes son los peregrinos para mí?*

"Yo no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento" (Mt 5,17- 19)

En ocasiones se contraponen el contenido del Nuevo Testamento con el del Antiguo o Primera Alianza. Es cierto que existe un salto cualitativo entre la propuesta de vida que nos hace Jesús, y la que preparaba su venida al mundo de la mano de la Ley y los Profetas. Sin embargo, debemos insistir y profundizar los aspectos que expresan continuidad entre ambos momentos de la economía salvífica o historia de salvación. Jesús ahonda de modo novedoso y universaliza sin restricciones de raza o condición la Alianza que Yahveh había sellado con el pueblo hebreo. De este modo nos permite descubrir un nuevo rostro de la misericordia divina: la que tiene su origen en el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Históricamente hablando, una fuerte contraposición entre los contenidos de la Primera o mal llamada Antigua Alianza, y el Nuevo o Definitivo Testamento contribuyó a descalificar la tradición judaica antigua, y en consecuencia, tendió a fomentar indirectamente un antisemitismo en Occidente. A la luz de los actuales estudios interreligiosos, los cristianos valoramos hoy mucho más la importancia de la *Tanaj* (*Torah* o Ley, *Nebihim* o Profetas, *Ketubim* o demás Escritos de la Biblia hebrea), ya que percibimos que de su buena comprensión y familiaridad depende una correcta interpretación de nuestra Biblia, que además de la herencia hebrea incluye las enseñanzas y vida de Jesús, las cartas de San Pablo y otros escritos que incluimos en lo que denominamos Nuevo Testamento.

Podemos preguntarnos: *¿Desde mi ministerio qué puedo hacer para familiarizarme un poco más con los escritos de la Primera Alianza? ¿En qué sentido esto me invita como sacerdote a una mayor apertura hacia otras formas de pensar o creer?*

JUEVES III SEMANA CUARESMA "Ésta es la nación que no ha escuchado la voz del Señor" (Jer 7, 23- 28)

"Ellos no escucharon ni inclinaron sus oídos, sino que obraron según sus designios, según los impulsos de su corazón obstinado y perverso; se volvieron atrás, no hacia adelante" (Jer 7,25). Éste es el reproche que hace el Señor por medio del profeta: 'No escuchan ni quieren escuchar; no me prestan atención y continúan haciendo la suya'.

La advertencia puede dirigirse a cada uno/a de nosotros individualmente, particularmente en este tiempo de Cuaresma, pero también podría tener por destinatario un colectivo: un grupo humano, un sector de la sociedad, el conjunto de una nación. Lo cierto es que cuando las cosas no se hacen bien, a saber, con criterios éticos fundados en valores trascendentes, los resultados no pueden ser buenos. Al menos no a mediano y largo plazo. Hoy nos quejamos del deterioro de muchas instituciones y de la vida social en general. Hace unos años, los obispos argentinos advertían que era muy difícil encontrar "pasión por el bien común", y de hecho, hoy constatamos ampliamente que prima el 'sálvese quien pueda'. En la raíz de este deterioro existen connotaciones morales que se emparentan con una pérdida del fervor religioso y el sentido de trascendencia. Del mismo modo que la fe anima la solidaridad, inevitablemente el secularismo conduce a la injusticia.

Podemos preguntarnos: *¿Vivo anclado en un sentido trascendente de la vida?*

"Éste expulsa a los demonios por el poder de Belzebul" (Lc 11,14-23)

Algunos contemporáneos de Jesús pensaban que Él expulsaba demonios con el poder del Diablo. En respuesta, su argumentación era muy sencilla: un reino dividido no puede subsistir, el Maligno no puede expulsarse a sí mismo. Por supuesto que detrás de estas objeciones que se hacían al Señor existía una actitud refractaria a su mensaje de vida y salvación. Acusarlo de que actuaba por obra de los demonios era una razón más que suficiente para no tener que creer en Él y cambiar de vida. Esto nos conduce a la consideración de los variados modos en que las personas acostumbramos estigmatizarnos unas a las otras. Por diferentes motivos, siempre buscamos 'la quinta pata al gato' o encontramos 'el pelo en la lengua' en la conducta ajena. Así descalificamos de antemano la autoridad y testimonio de aquél o aquella que podría abrirnos nuevos horizontes en la vida(humano - espiritual, invitándonos a crecer, también como creyentes o cristianos. La actitud de Jesús está en la antípoda de este comportamiento mezquino e insensato: Él hace todo lo posible por valorar y recoger los signos de vida que, pese a sus límites, existe en el prójimo, para que nada se pierda; intenta rescatar 'la mecha humeante' para que no se apague, o la 'caña doblada' para que no se quiebre. En eso consiste su mirada de amor: en procurar intuir y afianzar lo mejor del hermano o la hermana.

Podemos preguntarnos: *¿A qué persona concreta debería mirar con mejores ojos?*

VIERNES III SEMANA CUARESMA "Yo los sanaré de su apostasía" (Os 14, 2-10)

Las advertencias y amenazas vertidas por los profetas hacia el siglo VIII a.C. derivan, finalmente, en insistentes y esperanzadas promesas de restauración y misericordia por parte de Yahveh. En última instancia, será el Señor quien tendrá la iniciativa y sanará a su pueblo de la apostasía e infidelidad: "Seré como rocío para Israel" (Os 14,6). También en nuestras vidas, el único capaz de sanarnos en profundidad, y de forma decisiva, es Dios. Solamente la iniciativa de su amor generoso (v.5), a modo de rocío, es capaz de restablecernos en lo mejor de nosotros mismos, vivificándonos desde nuestra más profunda dignidad de hijos suyos.

Podemos preguntarnos: ¿Confío y me abro a la misericordia sanadora de Dios?

"¿Qué mandamiento es el primero de todos?" (Mc 12,28)

Para los tiempos de Jesús, la tradición farisaica había multiplicado significativamente los preceptos de la Ley, llegando éstos al interesante número de 613. Como no siempre estas normas aparecían ordenadas y jerarquizadas, para la mayor parte del pueblo de la tierra, que no tenía formación rabínica, su observancia se tornaba engorrosa. En este contexto, no nos tiene que llamar la atención que un escriba estudioso de la Ley le pregunte a Jesús qué mandamiento es el primero. Todas las tradiciones religiosas, incluyendo al cristianismo, pueden caer en una progresiva multiplicación de preceptos, prácticas y rituales, acumulados en el tiempo, en donde cueste finalmente identificar lo que es más importante y decisivo. Según la respuesta de Jesús, en consonancia con los libros bíblicos del Deuteronomio y el Levítico, lo que debe primar es el amor: a Dios, "*con todo el corazón, con toda el alma, con toda tu mente y con todas las fuerzas*", y "*al prójimo como a ti mismo*". Puede decirse que en esto se resume la ética cristiana. Cuando el cristianismo cae en el cumplimiento formal de preceptos y olvida el amor, pierde su motivación y rumbo más original y específico. Ingresa en una lógica contractual, más que en la del don.

El contrato defiende y protege de cara a una 'injerencia exagerada' de Dios o de los demás en la propia vida, pero por eso mismo impide la emergencia de la gratitud y la gratuidad, que debería impregnar desde lo profundo la vida de los hijos e hijas de Dios.

Podemos preguntarnos: ¿está mi vida ministerial verdaderamente impregnada por el amor a Dios y al prójimo? ¿Es el amor el móvil último de mi espiritualidad sacerdotal?

SABADO III SEMANA CUARESMA "¡Oh Dios, ten compasión de este pecador!" (Lc 18, 9-14)

Una de las experiencias más difíciles de interiorizar en la vida es la de la gratuidad incondicional, asociada a la '*amabilidad intrínseca de nuestro ser*' (A. Cencini). Por lo general, nos cuesta aceptar recibir algo (un 'don') que no venga a cuenta de algo, que no responda a un mérito o esfuerzo nuestro previo. Naturalmente, en nosotros prima una lógica contractual: tengo lo que me gané y merezco. Esta misma actitud podemos asumir frente a Dios. Es lo que hacía el fariseo de la parábola, orando con actitud autosuficiente en el Templo, considerándose superior al publicano. Pero esa misma soberbia altiva lo tornaba impermeable y refractario a la acción gratuita de Dios, quien perdonando justifica al pecador. En cambio, el publicano reconocía su falta con humildad. Posiblemente había abusado de su función de recaudador de impuestos cobrando más de lo que

correspondía y ensanchando así su peculio a costa de miembros concretos de su pueblo, gente que apenas tenía lo necesario para vivir. Sin embargo, porque se reconocía pecador: "*¡Oh Dios, ten compasión de este pecador!*", se terminaba abriendo a la misericordia divina, y al hacer esta experiencia superlativa de gratuidad, posibilitaba en él un cambio radical de vida, análogo al de Zaqueo en el capítulo siguiente (ver *Lc 19,1-10*).

Es cierto que sólo podemos reconocer nuestros pecados en un contexto de gratuidad y amor incondicional. Porque, en realidad nada nos torna más vulnerables que aceptar no haber sido buenas personas. Nada denigra tanto a un ser humano, ante su propia consideración o la ajena, como la constatación de una flagrante bajeza moral: sobre todo la que se expresa en términos de injusticia hacia el débil o el pobre. Por eso es que nos resistimos a la confesión (no sólo sacramental) de nuestras faltas, y tendemos a ocultarlas celosamente de la mirada inquisidora de los demás. En cambio, nos abrimos con autenticidad y somos capaces de manifestar nuestras miserias cuando nos sentimos misericordiosamente amados: como el publicano ante Dios, que sin levantar la mirada, se golpeaba el pecho desde fuera y pedía perdón.

Podemos preguntarnos: *¿De qué falta o pecado cometido en mi vida sacerdotal debería pedir perdón, tanto a personas concretas como a Dios? ¿Cómo puedo expresar con hechos y palabras ese sincero deseo de conversión pastoral?*

CUARTA SEMANA DE CUARESMA

DOMINGO IV SEMANA CUARESMA: Un Padre misericordioso: “Padre, pequé contra el cielo y contra ti” *Lc. 15, 1-3. 11-32*

La *parábola del Padre Misericordioso* se enmarca en el contexto de otras dos (la de la oveja y la de la moneda perdidas) que abordan el tema de la conversión como ‘hallazgo gozoso’. Todas ellas buscan mostrar a los escribas y fariseos por qué el Señor come con publicanos y pecadores. En este caso se vale de la metáfora de los dos hijos, el menor y el mayor.

“El menor de ellos dijo a su padre: ‘Padre, dame la parte de herencia que me corresponde’”. Recoge todo lo que tiene y *se va a un país lejano* “donde malgastó sus bienes en una vida inmoral”. Luego “comenzó a sufrir privaciones” y “se puso al servicio de uno de los habitantes de esa región, que lo envió a su campo para cuidar cerdos”. El relato afirma que “él hubiera deseado calmar su hambre con las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba”.

El hijo menor es el que imagina ilusoriamente un porvenir al margen de Dios, fuera de la casa paterna, persiguiendo una libertad sin otras referencias que el propio bienestar y la gratificación egoísta de los sentidos. Este camino acaba cerrándose sobre sí mismo. Esto queda puesto de manifiesto en la referencia a los cerdos, que eran para los judíos animales impuros. El hijo menor

retrata la tentación predominante de la edad juvenil, que naturalmente explora caminos propios y tiende a poner distancia respecto de la tradición y el orden establecido. Se convierte también en una imagen del *ethos* prevalente en personas que participan de un humus cultural relativamente reciente, de pueblos jóvenes todavía no suficientemente consolidados.

Este hijo es el que recapacita (*‘vuelve en sí’*), y aunque es más difícil volver que irse, toma la decisión de regresar: “Padre, pequé contra el Cielo y contra ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros”. Sin embargo, y contra todos los pronósticos, este hijo se encuentra con un padre que lo perdona: “Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó”. Es decir, traduce su afecto en gestos concretos de cercanía física. Pero además lo dignifica: “Traigan enseguida la mejor ropa y vístanlo, pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies”: el vestido identifica el rango social de la persona; el anillo expresa su condición de hijo (y por lo tanto, de heredero); las sandalias muestran que el que regresa es recibido como hombre libre y no como esclavo. Pero además hay fiesta: “Traigan el ternero engordado y mátenlo. Comamos y festejemos, porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado”. En efecto, en el Evangelio de Lucas el mayor motivo de alegría es la conversión del pecador.

Sin embargo, no sólo el hijo menor necesita conversión: también *el hijo mayor*, que de momento parece incapaz de compartir la alegría del Padre (H. Nouwen). También a él saldrá el padre a buscarlo, sin preocuparse tampoco en este caso de poner en riesgo su imagen social, no actuando de acuerdo a como lo haría en su lugar ‘una persona honorable’: “El hijo mayor estaba en el campo [...]. Él se enojó y no quiso entrar. Su padre salió para rogarle que entrara, pero él le respondió: ‘Hace tantos años que te sirvo sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y nunca me diste un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. ¡Y ahora que ese hijo tuyo ha vuelto, después de haber gastado tus bienes con mujeres, haces matar para él el ternero engordado!’”.

El hijo mayor es expresión de ese endurecimiento de corazón más típico de la edad adulta. Es el que tiene conciencia de haber adquirido lo que tiene por propio esfuerzo, sin deberle nada a nadie. Pero por esto mismo, es el que se aísla y enquistado en sus prejuicios, el que no disfruta de la presencia en el hogar, el que no reconoce al padre como tal ni a su hermano. Es el que ha perdido la capacidad de gratitud, y por lo tanto, de gratuidad: se ha tornado hosco. Su pecado es más del espíritu que de la carne, y posiblemente por esto, más difícil de convertir. Al salir también al encuentro de este hijo, el padre quiere ayudarlo a valorar lo que siempre él ha tenido: “Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo. Es justo que haya fiesta y alegría, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado”.

Ambos hijos necesitan interiorizar *las actitudes del padre*, e iniciar una vida nueva. Ambos hijos necesitan comenzar a comer de “los productos del país” y ya no del maná perimido, porque “el que vive en Cristo es una nueva criatura: lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente”. Puede que cada uno de nosotros, bajo diferentes perspectivas, tendamos a identificarnos con alguno de los hijos, con uno más que otro; o también, que tengamos algo de ambos. Lo importante (insiste H. Nouwen) es que adquiramos y maduremos los sentimientos del padre. De hecho, “Dios nos reconcilió con Él por intermedio de Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque es Dios el que estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo, no teniendo en cuenta los pecados de los hombres, y confiándonos la palabra de la reconciliación”. A partir de

este acontecimiento, de lo que se trata es de pasar de la misericordia recibida (como hijo menor o como hijo mayor) a la misericordia ofrecida.

Podemos preguntarnos: ¿En qué momento de mi vida ministerial experimenté el abrazo del Padre? ¿Qué dureza de corazón tengo que poner hoy en remojo y ablandar, especialmente en mi ministerio de la penitencia y reconciliación aquí en Tepeyac? ¿Qué paso puedo dar para seguir interiorizando las entrañas de misericordia propias del Padre?

LUNES IV SEMANA CUARESMA: Creyó él con toda su familia" (Jn 4, 43-54)

En el Evangelio de Juan, el 'creer' está asociado a los 'signos' que Jesús realiza. Los signos son acciones salvíficas que permiten al creyente tener 'vida eterna'. El cuarto Evangelio nos refiere siete signos, número que de acuerdo a la simbología bíblico-rabínica expresa plenitud. Los primeros dos signos, Jesús los lleva a cabo en Caná de Galilea, al transformar el agua en vino y al curar al hijo de un funcionario real. Pero, ¿qué nos dice todo esto hoy?

Es evidente que los signos son tales si existe en nosotros una genuina disposición a la fe, una capacidad de asombro suficiente que nos permita captar que las cosas no son sólo lo que a primera vista aparecen, que la realidad es mucho más rica (profunda y trascendente) de lo que inicialmente pensamos, y que 'en', 'a través' y 'más allá de' (P. Ricoeur) los acontecimientos diarios es Dios mismo el que se manifiesta, actúa y salva.

Mirando las cosas de este modo, la fe redimensiona nuestra percepción de la vida, nos permite ver a Dios en todas las cosas, nos hace pasar de una percepción 'idolátrica' del mundo a otra 'icónica': abre los acontecimientos, personas y realidades a un 'siempre más', a un sentido ulterior que de momento podemos no captar con claridad y hondura.

Por eso, el verdadero milagro consiste en que detrás de lo que parecía 'no ser sino' seamos capaces de descubrir, en algún momento, que 'no era sólo' eso, y auto posicionarnos en la vida desde esta siempre nueva perspectiva teológica.

Podemos preguntarnos: ¿Estamos abiertos a los signos que Dios sigue realizando en nuestra vida sacerdotal? ¿Tenemos la capacidad pastoral de asombro suficiente para descubrirlo en los acontecimientos diarios?

MARTES IV SEMANA CUARESMA "El agua descendía por debajo del costado derecho de la Casa" (Ez 40,2)

Así como, de acuerdo a la metáfora profética, del templo de Jerusalén salía un torrente de agua que saneaba las aguas fétidas del mar Muerto, del costado abierto de Cristo traspasado manará sangre y agua (ver Jn 19,34). El agua, que tiene un simbolismo universal de purificación, utilizado en numerosos ritos de abluciones, tanto en el Judaísmo, como en el Islam o en el Hinduismo, se convierte para los cristianos en expresión del poder purificador del bautismo, que brota como un don asombroso del misterio pascual de Cristo muerto y resucitado. A medida que avanzamos por este tiempo cuaresmal, nos vamos sintiendo como ese mar necesitado de saneamiento radical. Ese milagro sólo puede provenir, a modo de signo, del nuevo Templo, que es Cristo.

Podemos preguntarnos: *¿Al inicio diario de mi vida sacerdotal, me dispongo a ser purificado por el Señor? ¿He procurado reconciliarme sacramentalmente con Dios en este tiempo de Cuaresma?*

"Levántate, toma tu camilla y anda" (Jn 5, 1-16)

El hombre postrado al borde de la piscina de Bethesda desde hacía treinta y ocho años constituye una imagen viva de ese ingente número de personas que en nuestro mundo yacen al margen de la vida, y como excluidos de ella, a la expectativa de algún improbable milagro que pudiera acontecer. Es casi una metáfora de la claudicante esperanza con que subsisten muchos contemporáneos nuestros, afectados por difíciles condiciones de vida, alguna enfermedad o sufrimiento personal, o incluso el bajo desarrollo humano desplegado. Jesús se le acerca y le pregunta a quemarropa: "¿Quieres recobrar la salud?". El enfermo no concibe otro modo de restablecimiento que aguardar la intervención incierta y ocasional de algún ángel que, según la tradición, movía periódicamente el agua para que quien entrase primero se sanara. El desánimo del parálítico es aún mayor dado que 'no tenía a nadie que lo metiera en la piscina'. Es entonces que el Señor prosigue con decisión: "Levántate, toma tu camilla y anda".

En esta expresión percibimos un llamado a la responsabilidad personal, a un hacerse cargo de la propia vida sin delegar el cometido en el azar ni en intervenciones extraordinarias. Una exhortación que apela a las propias fuerzas y libertad, a no quedarse postrado en el determinismo de un pasado doloroso, sino a caminar por la vida con esperanza, asumiendo la propia historia con decisión y optimismo. Resulta interesante notar que Jesús lo sana en sábado. Para la tradición de su pueblo, sólo una curación urgente podía realizarse en ese día de descanso: lo demás debía aguardar a cualquier otro día de la semana. Sin embargo vemos que a menudo el Señor realiza sus curaciones justo en sábado, cuando además estaba prohibido realizar cualquier tipo de trabajo. En realidad, esto tiene un sentido teológico muy profundo: si el descanso estaba prescripto para conmemorar el reposo de Dios al séptimo día, cuando vio que todo lo creado era bueno, y en particular la persona humana que por ser su punto culminante era 'muy buena', celebrar el sábado es hacer lo posible para que la obra de Dios reencuentre su orden y esplendor originales. Porque 'la gloria de Dios es que el hombre viva', decía san Ireneo de Lyon, en el siglo II.

Podemos preguntarnos: *¿Qué frustraciones o cargas me atan todavía a mi pasado? ¿Qué puedo hacer al respecto para reanudar el camino pastoral con esperanza? Por otra parte, ¿qué gesto concreto de apoyo puedo realizar para con algún hermano sacerdote, para que no se deje aplastar por el peso de la existencia y recupere su entusiasmo por la vida?*

MIERCOLES IV SEMANA CUARESMA "¿Se olvida una madre de su criatura?" (Is 49,15)

En los momentos oscuros de nuestra vida puede parecernos que el Señor no nos escucha: alguien cercano a nosotros se enferma, perdemos el trabajo, no conseguimos superar una dificultad familiar, etc. Es entonces que podemos sentirnos solos y abandonados, como defraudados incluso por Dios. Sin embargo, Él está siempre presente, orientando nuestras experiencias de vida en orden a nuestro crecimiento y salvación. La metáfora que utiliza Isaías para expresarlo es más que

elocuente: "*¿Se olvida una madre de su criatura, no se compadece del hijo de sus entrañas? ¡Pero aunque ella se olvide, Yo no te olvidaré!*" (Is 49,15).

Podemos preguntarnos: *¿Confío verdaderamente en el Señor?*

"Yo no busco hacer mi voluntad" (Jn 5, 17 - 30)

Los fariseos contemporáneos de Jesús le objetan no sólo la curación en sábado, sino además que se tenga por igual a Dios. Es evidente que, para quien no creyera en sus signos, esta última afirmación resultaría impía y blasfema. Sin embargo, la razón que Jesús esgrime es que Él no hace otra cosa sino lo que ve hacer a su Padre, y que no busca hacer su voluntad, sino la del que lo envió. Lo que está en juego en la misión de Jesús es su propia identidad. En este sentido, la obra que el Padre le encomendó es reveladora de su propia persona. Para descubrirla, hay que 'ir y ver', tomarse el tiempo y quedarse con Él. Sólo conociendo al Señor y creyendo en Él se tiene vida. Este descubrimiento presupone buena disposición por parte de los candidatos a discípulos. Esto es lo que parece faltar en el sector religioso dominante que interpela a Jesús. También en nuestro caso, lo que activa nuestra condición más profunda de creyentes, lo que manifiesta nuestro carácter de tales y, llegado el caso, de hijas e hijos de Dios, es vivir en actitud de búsqueda y discernimiento de la voluntad del Padre. Sin esta actitud existencial no resplandece ni se activa lo mejor de nosotros mismos, en cuanto imágenes y expresiones originales de su ser, iconos en el Icono por excelencia que es su Hijo Jesucristo.

Podemos preguntarnos: *¿De qué criterios decisivos de discernimiento pastoral me valgo al momento de hacer buen uso de mi libertad? ¿Considero que mi identidad sacerdotal más profunda como persona resplandece cuando actúo en mi vida lo que voy discerniendo como Voluntad de Dios?*

JUEVES IV SEMANA CUARESMA. "Ustedes no quieren venir a mí para tener vida" (Jn 5, 31-47)

En Jesús está la vida plena: a partir de los signos que Él realiza estamos llamados a participar de la misma por la fe. Ésta es la exhortación ética que nos ofrece el Evangelio de Juan. Transitamos en Occidente por una época crepuscular (J. M. Mardones), líquida (Z. Bauman), tiempos de vacío (G. Lipovetski) o convicciones débiles (G. Vattimo). En síntesis, una cultura *light and cool*. Esto disuade de compromisos y opciones definitivas, propicia estilos de vida flexibles y vínculos frágiles, nos invita a vivir 'a media marcha', como ahorrando energía, sin entusiasmo por nada ni por nadie. Tal vez por este motivo muchas expresiones artísticas exitosas (por ejemplo, en el mundo de la música, la novela y el cine) busquen recrear 'mitos fundacionales', como si la conciencia implícita fuera: 'Hay que comenzar nuevamente'. Las personas estamos llamadas a vivir en serio, plenamente. En el fondo nadie está satisfecho con una existencia arrastrada entre la inercia y el desencanto generalizados. Necesitamos encontrar sentido y recrear nuestro día a día desde un hallazgo central y decisivo. Jesucristo se nos propone como ese gran descubrimiento, como centro vital desde el cual ir hilando nuestra cotidianeidad. En Él está la Vida con mayúsculas. Él puede convertirse en nuestro centro unificador, dador de sentido, criterio interpretativo de lo que nos acontece, estímulo diario de auto trascendencia, razón última de esperanza.

Podemos preguntarnos: *¿Cultivo a diario un encuentro personal con el Señor? ¿Qué puedo hacer para profundizar desde mi ministerio un acercamiento y conocimiento íntimo de la persona de Jesús?*

VIERNES IV SEMANA CUARESMA "Tendamos trampas al justo, porque nos molesta" (Sb 2. 1,12- 22)

El justo incomoda... En el contexto bíblico, 'justa' es la persona que se atiene a la ley de Dios, que mantiene independencia respecto de las presiones sociales, que sigue lo que es recto sin hacer acepción de personas ni buscar rédito político. Su estilo de vida se opone al modo de obrar de los impíos, que en contrapartida lo ponen a prueba, buscando que 'pise el palito' o caiga en la emboscada. *"Veamos si sus palabras son verdaderas y comprobemos lo que le pasará al final. Porque si el justo es hijo de Dios, Él lo protegerá y lo librará de las manos de sus enemigos"*. Más aún, *"pongámoslo a prueba con ultrajes y tormentos, para conocer su temple y probar su paciencia. Condenémoslo a una muerte infame, ya que él asegura que Dios lo visitará"*. Evidentemente, el Justo por excelencia es el mismo Jesús, probado "hasta la muerte y muerte en cruz". Pero quien ha vivido un poco, sabe que la historia se sigue repitiendo en cada situación en la que una persona busca obrar con criterio ético y libertad interior. Quienes se amoldan al 'status quo' y se conforman con una vida mediocre, tienden a no aceptar, y más bien atacar, a quien con su forma de vida se convierte en un vivo reproche a su resignada indolencia. Es cierto que también existirá quien, observando el buen ejemplo, se anime a cambiar y mejorar.

De ahí que podamos preguntarnos: *¿En mi vida ministerial, intento obrar como el justo del que nos habla el texto del libro de la Sabiduría, o más bien me encuentro en el grupo de los impíos que atacan y condenan al enviado de Dios?*

"Yo no he venido por mi cuenta" (Jn 7, 1 - 30)

Jesús viene a nosotros como revelador del Padre. Viene para darlo a conocer, y no tiene otro plan más que éste. No viene en nombre propio o por su cuenta, sino que Él mismo ha sido enviado con esta misión. La vocación pastoral del Señor ilumina la nuestra, tanto en el plano humano como espiritual-religioso. En una época en la que tendemos a vivir de modo auto referenciado, inmersos en una exacerbada subjetividad individual, a veces sin otros proyectos más que el de cultivar y expandir indefinidamente experiencias gratificantes asociadas a la exaltación de nuestro 'ego', Jesús nos invita a descubrir a qué está llamada realmente la persona humana: a dejarse iluminar dócilmente por el querer de Dios Padre, y a ser conducida por la acción vivificante del Espíritu Santo. Nuestras planificaciones y objetivos son muchas veces frágiles y restringidos, y por eso mismo fenecen; o en todo caso, no dan de sí lo que ilusoriamente prometía. El proyecto de Dios, en cambio, 'subsiste por siempre, de edad en edad' (ver *Sal 32,11*). De ahí que lo más conveniente para cada uno de nosotros sea 'no vivir ya para nosotros mismos, sino para Cristo, que por nosotros murió y resucitó' (ver *Gal 2,20*). Sólo esta vivencia radicalmente 'crística' (=en Cristo) nos hace permanecer y adentrarnos en la vida 'en serio'.

Podemos preguntarnos: *¿Vivo mi sacerdocio realmente como 'oyente de la Palabra? ¿En mi ministerio sacerdotal soy dócil a la acción del Espíritu en mí?*

DOMINGO V SEMANA DE CUARESMA Vete, no peques más en adelante” (Jn 8, 1-11)

Mientras Jesús enseñaba “los escribas y fariseos le trajeron una mujer que había sido sorprendida en adulterio”. Y a propósito lo pusieron en un aprieto, aprovechando que como Maestro no podía rehusar una respuesta: “Moisés, en la Ley, nos ordenó apedrear a esta clase de mujeres. Y Tú, ¿qué dices?”. No es la primera vez que *los enemigos de Jesús* buscan ponerlo entre la espada y la pared. En otras ocasiones le preguntarán con qué autoridad hace sus signos (ver *Mc* 11,28); si se debe pagar el impuesto del templo (ver *Mc* 12,14); y de quién será esposa la mujer que perdió sucesivamente a sus siete maridos (ver *Mc* 12,23). Y como en esas otras oportunidades, también aquí el Señor saldrá elegantemente del paso con una respuesta apropiada. Como no podía decir que no fuera cierto lo invocado en referencia a la autoridad de Moisés, ya que además en la tradición hebrea el adulterio se equiparaba a la idolatría, y era por tanto un pecado sumamente disolvente en la vida del pueblo de la Primera Alianza, Jesús adopta un método indirecto para su respuesta.

Mientras probablemente escribía en el suelo una serie de actitudes que denigraban la moral de los acusadores, que por lo visto no debían ser ‘ninguna pinturita’, les respondió: “*Aquel de ustedes que no tenga pecado*, que arroje la primera piedra”. Normalmente, el que tiraba la primera piedra era el que se hacía cargo de la acusación como testigo, o en todo caso, el que se consideraba ofendido en primera persona por el agravio de quien era inculcado/a. Por lo mismo, tenía carácter de juramento ante Dios. Además, esto presuponía que el acusador era inocente, ya que debía tener suficiente autoridad moral para iniciar el castigo. Tal vez por esto, en el caso presente, “todos se retiraron, uno tras otro, comenzando por los más ancianos”: ninguno de los presentes podía esgrimir suficiente integridad moral como para acusar legítimamente a esa mujer, y de esto eran sobre todo conscientes quienes más habían vivido.

La respuesta de Jesús es casi un corolario de lo que los demás hicieron: “*Yo tampoco te condeno*”. Pero en sus breves palabras añade una misericordiosa advertencia, que trasciende la resignada actitud de los acusadores que debieron abandonar su vehemente propósito: “Vete, no peques más en adelante”. En este perdón, Jesús manifiesta la novedad de Dios de la que hablaba el texto de Isaías: “Yo estoy por hacer algo nuevo: ya está germinando, ¿no se dan cuenta?”. Esta novedad obrada por Dios se equipara a un hacer “brotar agua en el desierto y ríos en la estepa, para dar de beber a mi Pueblo, mi elegido”; y hace exclamar: “¡Grandes cosas hizo el Señor por nosotros y estamos rebosantes de alegría!”. El perdón de Dios, manifestado en Jesús como *agua de misericordia que enmienda la injusticia*, nos hace tomar conciencia del don insondable de la gracia divina que nos vivifica reconciliándonos, y que de este modo nos mueve a exclamar como Pablo: “Todo me parece una desventaja comparado con el inapreciable conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por Él, he sacrificado todas las cosas, a las que considero como desperdicio, con tal de ganar a Cristo y estar unido a Él, no con mi propia justicia –la que procede de la Ley– sino con aquélla que nace de la fe en Cristo, la que viene de Dios y se funda en la fe”.

Podemos preguntarnos: ¿De qué pecado tendría que pedir perdón a Dios y enmendarme en esta Cuaresma? ¿Ante qué faltas ajenas me muestro intolerante o elevo mi dedo acusador? ¿Valoro y agradezco suficientemente la misericordia de Dios, que se expresa como un don de lo alto también para conmigo, ministro de su misericordia?

LUNES V SEMANA CUARESMA "Yo soy la luz del mundo" (Jn 8,12)

Sin luz no advertimos la riqueza de una escena ni captamos el esplendor de lo real. En la oscuridad, el mundo se nos achica, desfigura y empobrece. Esto genera en nosotros temores y dudas que paralizan. Muchos mitos antiguos, cuentos y sagas modernas ilustran esta experiencia decisiva y universal. Las mismas religiones se presentan como caminos salvíficos discernidos a partir de experiencias fundacionales de iluminación: notoriamente el budismo.

Para los cristianos Jesús mismo es la luz del mundo: Él nos permite contemplar la vida en plenitud, con variados colores y perspectivas. Su persona, palabra y misterio dan sentido a lo que sin Él parecía confuso y borroso: Él es 'el sol que nace de lo alto'. La fe en su persona no quita nada a nuestra comprensión de lo real, sino que añade claridad a lo que apenas se vislumbraba en la penumbra.

Crear en el Señor amplía nuestra percepción de las cosas, personas y eventos. La fe respeta y a su vez redimensiona los hallazgos de la experiencia y razón humanas, brindándoles nuevos matices y horizontes. San Anselmo de Aosta, un monje y luego pastor del siglo XI, afirmaba: "Creo para entender". Pero también sostenía: "Entiendo para creer". Porque la fe no nos exime de tener que reflexionar lo que creemos (o lo que vivimos desde una perspectiva creyente). El motivo es sencillo: el Señor nunca avasalla lo auténticamente humano, ya que es su creación; ni exime de responsabilidad al creyente, porque es protagonista en la historia salvífica...

Podemos preguntarnos: ¿Hago un esfuerzo sistemático por abrirme al 'esplendor de la Verdad'? ¿Dejo que la fe ilumine mi experiencia y estilo de vida de cada día?

MARTES V SEMANA CUARESMA: "Hemos pecado hablando contra el Señor y contra ti" (Nm 21, 4-9)

Las protestas, murmuraciones y rebeldías del pueblo de la Primera Alianza en el desierto fueron recurrentes. La escasez de agua, alimento y seguridad hacían que una y otra vez el pueblo de Dios mirara hacia atrás, hacia el Egipto seductor que habían dejado. Y Moisés era el receptor de todas estas quejas y conflictos. También nosotros estamos tentados de regresión: volver al paraíso perdido, a nuestra edad dorada, a un tiempo idealizado, etc.; ya que por momentos avanzar se hace difícil, y el camino es exigente. Con el dicho popular, preferimos 'malo conocido que bueno por conocer'. El pueblo hebreo reconoció que había pecado contra el Señor y contra Moisés (ver Nm 21,7), se arrepintió, y pidió a su líder que intercediera por ellos. También nosotros, en este tiempo cuaresmal, estamos llamados a arrepentirnos de lo que nos tira hacia atrás y hacia abajo, en vez de conducirnos hacia adelante y hacia arriba, en esperanza.

Podemos preguntarnos: *¿Hice ya una buena confesión sacramental, durante esta cuaresma?*

MIÉRCOLES V SEMANA CUARESMA: "Ustedes deberán postrarse y adorar la estatua de oro" (Dn 3, 14-50)

La idolatría es expresión del anhelo de auto-endiosamiento del hombre. El ídolo es una proyección sin trascendencia de la propia subjetividad. Quien lo adora, se adora a sí mismo, o adora la voluntad de aquél que quiere imponerse y dominar como señor absoluto, a modo de un dios. Por eso, el culto a los ídolos vanos desencanta la vida. Cuando algo o alguien ocupa el lugar de Dios, todo se opaca

y pierde luminosidad. De modo que quien quiera cultivar su libertad interior y preservar su dignidad humana, deberá pararse en la antípoda de la idolatría, y arraigarse en el único culto al Dios vivo. En ocasiones, los mártires se opusieron y resistieron las provocaciones idolátricas. Es lo que nos muestra el libro didáctico de Daniel: allí Sadrac, Mesac y Adednegó son puestos a prueba por el rey Nabucodonosor, y por no aceptar dar culto a la estatua de oro construida por el monarca, son colocados en un horno ardiente, del que milagrosamente los acaba liberando el Señor. Así pueden ofrecer un testimonio creíble del Dios verdadero.

Tal vez hoy los ídolos no sean caricaturas religiosas de Dios, sino otras realidades creadas o fabricadas por el hombre al que muchas personas dedican sus mejores tiempos y energías. Sean cuales fueran estas realidades, si no se está dispuesto a darles el justo lugar, y no más que eso, no se podrá vivir de manera digna. Quien idolatra el poder, el dinero, la fama, la belleza humana, el placer sin normas, el estatus social, o su propia imagen y honra, está perdido. Porque sólo Dios es Dios...

Podemos preguntarnos: *¿Existe en mi vida sacerdotal algún ídolo del que aún me encuentre esclavizado?*

"La verdad los hará libres" (Jn 8,32)

Desde siempre, los pueblos hicieron lo inimaginable por ser políticamente independientes del dominio de imperios extranjeros. A esta noción internacional de libertad, los ingleses añadieron en el siglo XIV otra de carácter doméstico: la 'libertad de'. Consistía en que el propio poder político de una nación no se entrometiera en las cuestiones privadas de los individuos. Así, la 'libertad de' ponía un coto a las arbitrariedades de los monarcas imprudentes y conducía al Occidente por los caminos del debate parlamentario. En Europa continental, con la Revolución Francesa, y hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX, se consagró el concepto de libertad asociada al derecho ciudadano de participación política. Fruto maduro de la expansión de este proceso fueron los Estados de bienestar de la segunda mitad del siglo XX, en los cuales se fue consolidando la noción de 'libertades', asociadas éstas a la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948).

Así, desde una perspectiva técnica, los derechos ciudadanos pudieron llegar a todos y a todas, y ser esto expresado, entre otros modos, mediante el sufragio universal. Sin embargo, nuevas formas de esclavitud fueron emergiendo, en parte asociadas a la promoción de una libertad prevalentemente exterior, en sí misma buena y necesaria pero evidentemente insuficiente. Son aquellas que se emparentan con un relativismo agnóstico de la verdad, propiciado en parte por el exponenciado proceso de globalización, en el que mundos culturales que surcaron caminos paralelos durante siglos y tal vez milenios tienden a convergir y convivir en un mismo espacio (por ejemplo, ciudadano o virtual).

Pero en el surgimiento del relativismo contemporáneo inciden también los crecientes niveles de individuación a los que el despliegue de la libertad exterior se vincula, poniéndolo todo en función del bienestar personal, y generando en cierto modo procesos anárquicos. Es así que surge la paradoja de que, en nombre de la defensa de la libertad, y para protegerla de cara a fundados o

supuestos peligros de terrorismo fundamentalista, hoy se la controla cada vez más en la vida de las personas. Así, a una especie de exacerbada libertad individual acaba contraponiéndose, un control y registro digital cada vez más pleno y pormenorizado de lo que las personas expresan y hacen. Estos comportamientos pueden ser estudiados interdisciplinariamente por peritos, valiéndose de bases de datos y procesamientos informáticos. Con lo cual nunca antes en la historia de la humanidad las personas fueron tan observadas y controladas como hoy, siguiendo la metáfora de *Big Brother*, en todos los órdenes de sus vidas, incluyendo los más privados e íntimos. Otro detalle no menor es que, a la par que en nuestros días se exponencia el volumen del comercio mundial y el turismo en todo el planeta, se va haciendo cada vez más difícil el tránsito e integración de migrantes en el primer mundo, con lo cual también la libertad exterior vuelve a manifestar sus asimetrías.

La *libertad exterior* frente a cualquier forma de dominación y control fue siempre una aspiración profunda de las personas. Para protegerla, en ocasiones se buscó construir poder y dominar: para tener el beneficio de la iniciativa y no ser uno mismo (individuo o pueblo) esclavizado o instrumentalizado. Sin embargo, la *verdadera libertad* a la que las personas aspiramos es de carácter *interior*: ésta es la que recrea la vida y nos hace realmente señores de nuestro destino. Para los cristianos, el horizonte último de nuestra libertad se asocia a la verdad que nos ofrece Cristo: Él es la misma Verdad que nos libera.

Podemos preguntarnos: *¿De qué esclavitudes tengo aún que liberarme o ser liberado? ¿Pongo los medios necesarios, o al menos me dispongo convenientemente?*

JUEVES V SEMANA CUARESMA "Camina en mi presencia y sé irreprochable" (Gn 17,1)

La exhortación que dirige el Señor a Abraham se convierte en paradigmática para toda persona que busque vivir en Alianza con Dios: "Camina en mi presencia y sé irreprochable" (Gn 17,1). Parece sencillo, pero esta docilidad es la condición necesaria para que pueda obrar el Espíritu de la promesa en nosotros: "Yo seré tu Dios y el de tus descendientes"; "Te daré en posesión perpetua [...] esa tierra donde ahora resides como extranjero" (vv.7- 8). El Señor viene a visitarnos con su bendición, pero para ello es preciso disponer el corazón.

Podemos preguntarnos: *¿Cómo estoy disponiendo mi vida ministerial en la antesala de Semana Santa?*

VIERNES V SEMANA CUARESMA: "Pero el Señor está conmigo como un guerrero temible" (Jer 20, 10-13)

Existen momentos en nuestras vidas en los que todo parece tambalear: "¡Terror por todas partes! [...] Hasta mis amigos más íntimos acechaban mi caída" (Jer 20, 10). La situación de Jeremías, profeta incomprendido por su propio pueblo, será análoga a la de Jesús, y por eso el texto nos va poniendo en clima de Semana Santa. Pero, en ocasiones, es también la que podemos enfrentar nosotros, cuando alguna encrucijada de la vida nos pone 'entre la espada y la pared'. Es allí cuando tenemos que redoblar nuestra confianza en el Señor: "El Señor está conmigo como un guerrero temible: por eso mis perseguidores tropezarán y no podrán prevalecer" (Jer 20,11). Con esta

certeza de fondo, es preciso ser fuertes y valientes, y no claudicar en el camino del bien emprendido.

Al respecto, podemos preguntarnos: *¿Tengo puesta toda mi confianza en el Señor? ¿Me mantengo firme en el camino ministerial? ¿Estoy unido a mi Diócesis?*

SABADO V SEMANA DE CUARESMA "Yo voy a abrir las tumbas de ustedes, los haré salir de ellas, y vivirán" (Ez 37,12.14)

Las experiencias límite nos hacen constatar que en nuestro itinerario vital acontecen cosas que escapan a nuestro control. En particular, no estamos en capacidad de eludir la muerte, que en algún momento nos saldrá sorpresiva e inevitablemente al encuentro. En los textos bíblicos, el sufrimiento aparejado a nuestra condición creatural viene asociado al pecado: 'perecer' significa morir tanto en sentido físico como espiritual. De ahí que necesitemos ser vivificados por Aquél que tiene vida eterna, plena e ilimitada. *"Yo voy a abrir las tumbas de ustedes, los haré salir de ellas, y los haré volver, pueblo mío [...]. Yo pondré mi espíritu en ustedes, y vivirán; los estableceré de nuevo en su propio suelo, y así sabrán que Yo, el Señor, lo he dicho y lo haré"* (Ez 37,12.14).

El mismo Jesús dirá de sí mismo: *"Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás"* (Jn 11,25-26). De modo que sólo en Jesús muerto y resucitado podemos alcanzar esa esperanza de Vida con mayúsculas que nuestra condición creatural nos niega, pero a la que nuestro corazón aspira.

Podemos preguntarnos: *¿Reconozco y confieso las situaciones de muerte (física, psicológica, espiritual) que me dominan mi vida sacerdotal, para que pueda obrar el poder vivificador de Jesucristo?*

"Les conviene que muera uno por su pueblo" (Jn 11, 45 -56)

Jesús acaba de revivificar a Lázaro, que estaba en el sepulcro, y que después de cuatro días ya daba mal olor (ver Jn 11,39). Pero para que su amigo salga de la tumba Él mismo deberá dar su vida y morir por el pueblo (11,50): Jesús mismo tendrá que entrar en un sepulcro nuevo (19,41). La vinculación que establece el texto entre ambas experiencias es directa, como así también es contrastante el hedor que emana Lázaro con el buen olor que expande Jesús en Betania (ver Jn 12,3). Lázaro era aquél a quien Jesús amaba (11,5).

En Él se nos simboliza a los creyentes: el Señor muere por cada uno/a, para 'quitarnos el mal olor' y para que respiremos 'al aire libre'. Pero para que nosotros tengamos vida, Él deberá probar la muerte. En Jesús, Dios experimentará lo inaudito: morirá. Simultáneamente, también por Jesús y gracias a Él, cada uno/a de nosotros podrá hacer experiencia de lo humanamente inefable: vivir eternamente por la fe. Ya casi entrando en la Semana Santa, se nos presenta por anticipado la inesperada lógica de Dios: en su Hijo Jesucristo, Él dará su vida para que nosotros tengamos vida; Él asumirá las consecuencias del pecado (=la muerte) para anular la condena que se cernía sobre cada uno/a; Él se dejará atar (18,12) para que nosotros seamos liberados (11,44). Incluso aunque no fuéramos cristiano/as, o no profesáramos un credo religioso en particular, existe en la actitud de Jesús un mensaje humano decisivo y trascendente que no podría dejar de interpelarnos.

De ahí que podamos preguntarnos: *¿Con qué actitud me preparo espiritual y ministerialmente para celebrar la Semana Santa? ¿Participare unido a mi Obispo en esta Pascua?*

DOMINGO DE PASION o DE RAMOS (Lc 22.14-23.56)

En ocasiones, las personas tendemos a mostrarnos un tanto contradictorias: decimos sostener una cosa y acabamos por obrar en sentido diametralmente opuesto. Los contemporáneos de Jesús no eran ajenos a esta dificultad: primero aclamaron su ingreso triunfal a Jerusalén como descendiente de David: “*¡Bendito sea el Rey que viene en el nombre del Señor!*” y luego pidieron a gritos, implacablemente, su atroz crucifixión: “*¡Que muera este hombre! ¡Suéltanos a Barrabás!*”. Hagamos por un momento el ejercicio de ponernos en lugar del Señor. Lo primero que humanamente nos surgiría si algo así nos aconteciera sería mucha bronca, o al menos *dolor profundo*: ‘*Traté de hacerles el bien, de poner de mí lo mejor posible, y resulta que así me pagan...*’.

Sin embargo, y a diferencia de nosotros, Jesús no piensa en sí mismo, sino en aquellos por quienes va a dar o está dando su vida. En primer lugar, sus propios discípulos: “*He deseado ardientemente comer esta Pascua con ustedes antes de mi Pasión*”, pero también las mujeres que lo seguían y se lamentaban por Él: “*Hijas de Jerusalén, no lloren por mí*” y el llamado ‘buen ladrón; “*Hoy estarás conmigo en el Paraíso*”. De acuerdo a estas tres ‘confidencias’, el Señor es capaz de ir más allá de sí y de sus propios intereses de un modo que nosotros jamás podríamos haber imaginado.

Si Jesús puede pensar en los demás en un momento de tanto dramatismo personal, es a causa de su *original relación con Dios*. Está convencido, como el profeta, de que “*el Señor abrió mi oído y yo no me resistí ni me volví atrás*”; de que “*el Señor viene en mi ayuda*” y “*por eso, no quedé confundido*”. Es así, con esta decidida confianza puesta en Dios, que pudo presentarse “con aspecto humano” y humillarse “hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte en cruz”. Sin embargo, esta ofrenda no está exenta (no podía estarlo) de una indecible lucha interior. La misma queda puesta de manifiesto en el modo en que ora. Por un lado, pidiendo misericordiosamente perdón para quienes lo matan: “*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*”; por otro, expresando su honda vivencia humana de angustia y soledad (“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”); pero por sobre todo, y en última instancia, haciendo prevalecer con decisión su inquebrantable confianza final: “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*”.

A lo largo de la vida, cada uno de nosotros está llamado a *participar de la cruz* de Jesucristo, y a completar en su carne sus padecimientos. No se trata de sufrimientos buscados morbosamente por cuenta propia, sino de aquéllos que acontecen como consecuencia de las paradójales contradicciones humanas, de injusticias, o simplemente de esos malos entendidos que nunca faltan en las relaciones interpersonales, dado que ‘en todos lados se cuecen habas’. En semejantes situaciones, también nosotros tenemos que buscar ponernos en lugar de los demás y pensar en su bien lo más desinteresadamente que nos sea posible, auto trascendiéndonos generosamente en el amor. Como en el caso de Jesús, también aquí la fe, que se despliega y consolida en la oración filial a Dios nuestro Padre, será lo único que podrá fortalecernos y dar sentido a nuestras vidas en semejantes situaciones; lo único que podrá salvarnos de la frustración, el desencanto o el resentimiento estéril.

Podemos preguntarnos: ¿Qué significa hoy para mí participar de la cruz de Jesucristo? ¿Qué actitud creativa debería incorporar en mi ministerio para vivir más fecundamente este misterio?

LUNES SANTO "La casa se impregnó con la fragancia del perfume" (Jn 12, 1-11)

El gesto que María realiza con Jesús en Betania ungiéndolo con perfume de nardo puro contrasta, por un lado con el mal olor de Lázaro en el sepulcro (ver Jn 11,39), y por otro con el cálculo mezquino de Judas respecto al uso que podría haberse dado a ese dinero. Así como Nicodemo ungiría generosamente a Jesús como difunto (ver 19,39), María lo hace creativamente como rey, mesías, profeta y esposo; reconociendo su gloria seis días antes de la Pascua, y cuando todo parecía insuficiente. Lo hace como gesto de amor sobreabundante ante lo que iba perfilándose como inevitable: la muerte de Aquél por quien se sentía amada (ver 11,5). Éste es el nivel de íntima gratuidad que no comprende Judas, aferrado a un cálculo externo de resultados, como en otra oportunidad lo hizo Felipe con el pan (6,7). Y así como en aquel evento Jesús fue creativo al momento de multiplicar y perfeccionar la comida para una multitud, ahora lo es María expandiendo generosamente su perfume.

Muchas veces, de cara a las situaciones límites que comprometen la felicidad, salud o integridad de las personas más cercanas, podemos adoptar una actitud defensiva y protectora. Esta estrategia no siempre resuelve las dificultades, y muchas veces anula el espacio de creatividad necesario para encontrar las mejores alternativas, asociadas a la esperanza. El gesto de María nos invita a redoblar la apuesta, expandiendo nuestra confianza en la gratuidad del amor. Cuando aquellos a los que amamos están 'entre la espada y la pared', no queda mejor alternativa que ayudarlos a 'salir para arriba', auto trascendiéndose a partir de gestos y actitudes inéditos.

Podemos preguntarnos: ¿Cómo expreso mi amor a los más cercanos en sus situaciones límites?

MARTES SANTO "Uno de ustedes me va a entregar" (Jn 13,21 -33.36-38)

El tema de la entrega por parte de *Judas* juega un papel muy importante en los primeros días de la Semana Santa. Ya vimos ayer que cuando María de Betania ungía generosamente a Jesús con perfume real, mesiánico, profético y sponsal, inundando de buen aroma la casa y anticipando su glorificación definitiva, la objeción del traidor fue: "¿Por qué no se vendió este perfume en trescientos denarios para dárselo a los pobres?". Es la hipocresía de los mezquinos y escépticos. De hecho, "Judas buscaba una ocasión favorable para entregarlo", especulando con su negocio infame: "¿Cuánto me darán si se lo entrego?". Las negaciones de *Pedro* no son un tema menor, si bien es cierto que su disposición inicial había sido de valentía, tanto al prometer dar su vida como al herir al sirviente del Sumo Sacerdote en la oreja, en el momento del prendimiento de Jesús. Sin embargo, y llegado el momento, la fragilidad humana sumada al desconcierto pudieron más que sus buenos propósitos. En *Pedro* no anidaba la malicia de la traición, pero sí la debilidad propia de la presunción: "¿Conque darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces".

Podemos preguntarnos: ¿Percibo que en estos momentos mi vida se identifica en algo con la de Judas o la de Pedro? ¿En qué actitudes mías o decisiones?

MIERCOLES SANTO "¿Cuánto me darán si se los entrego?" (Mt 26,14-25)

La entrega de Jesús ya está en cierto modo decretada: "¿Seré yo, Maestro?", preguntará Judas. "Tú lo dices", responderá Jesús. Efectivamente, a medida que se van sucediendo los acontecimientos, las mediaciones humanas de la entrega del Justo y Servidor de Yahveh, como así también su juicio y la crucifixión ignominiosa se van haciendo más y más inminentes. Fue la práctica de la misericordia a lo largo de todo su ministerio pastoral la que le suscitó a Jesús enemigos mortales: el poder religioso, y secundariamente el poder político, no veían con buenos ojos que sus intereses creados fueran puestos seriamente en riesgo con esta nueva imagen de Dios que les presentaba el profeta galileo, ese 'judío marginal' (J. Meier). Sin embargo, lo que seguramente más le habrá dolido al Señor, es que el facilitador último de la páfida entrega haya sido uno de los discípulos con quien Él a diario compartía su pan.

En efecto, la gravedad del pecado que conduce al Señor a la muerte se incrementa al estar asociado a un defraudar la confianza, estima y buena fe de los más cercanos: inesperadamente, Judas se sale con un 'martes trece' que dejará desconcertada a la comunidad de los Doce. Por su malicia, su acción constituye lo que tradicionalmente llamamos pecado mortal. Una mentira abierta en una cuestión decisiva, una situación de infidelidad matrimonial o adulterio culpablemente simulada, un atentado contra la buena fama de otra persona o incluso una calumnia, la manipulación o comercialización de la vida frágil o indefensa (aborto, tráfico de drogas, trata de personas, etc.) con mezquinos fines de lucro. Judas es el que especula con sacar rédito de todo esto: vislumbró en la entrega de Jesús un posible negociado, y no midió el costo que podía tener para su amigo y hermanos el pretendido beneficio personal que de la situación intentó extraer. Por eso se asfixió en su propia iniquidad y se quitó la vida.

Podemos preguntarnos: ¿Existe en estos momentos de mi vida alguna situación grave que deba cambiar y convertir con urgencia? ¿Soy consciente de que Jesús murió por mí para que efectivamente lo haga? ¿Sé que si no lo hago terminaré mal?

JUEVES SANTO "Los amó hasta el fin" (Jn 13,1-15)

Como *gesto recapitulador* del conjunto de su ministerio pastoral, Jesús "empezó a lavar los pies de los discípulos"; y para actualizar su entrega perpetuamente, se quedó presente en la Eucaristía, de modo que el cordero o cabrito "sin ningún defecto, macho y de un año" de antaño sería desde entonces su "Cuerpo que se entrega por ustedes" y la copa de "la Nueva Alianza que se sella en mi Sangre". Los acontecimientos de Semana Santa conmemoran que "Cristo por nosotros se sometió a la muerte y muerte de cruz", y que "por eso Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre".

Su entrega se valdrá de una patética mediación humana: la de *Judas*. Cuando María de Betania unja generosamente a Jesús con perfume real, mesiánico, profético y esponsal, inundando de buen aroma la casa y anticipando su glorificación definitiva, la objeción del traidor será: "¿Por qué no se vendió este perfume en trescientos denarios para dárselos a los pobres?". Es la hipocresía de los mezquinos y escépticos. Ya Jesús lo había anticipado: "Les aseguro que uno de ustedes me entregará", y al mismo Judas le había dicho: "Realiza pronto lo que tienes que hacer". De hecho, "Judas buscaba una ocasión favorable para entregarlo", especulando con su negocio infame: "¿Cuánto me darán si se lo entrego?".

Como nos lo recuerdan los cuatro cánticos que hemos leído a lo largo de la semana, Jesús es el *Servidor doliente de Yahveh*, que nos justifica con su entrega: “Éste es mi Servidor, a quien yo sostengo [...]. Él no gritará, no levantará su voz [...]. No romperá la caña quebrada ni apagará la mecha que arde débilmente”. En su persona tienen pleno sentido las palabras de Isaías: “Ofrecí mi espalda a los que me golpeaban y mis mejillas a los que me arrancaban la barba; no retiré mi rostro cuando me ultrajaban y escupían [...]. Despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento, como alguien ante quien se aparta el rostro, tan despreciado, que lo tuvimos por nada [...]. Él soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias [...]. Él fue traspasado por nuestras rebeldías y triturado por nuestras iniquidades [...]. Fue detenido y juzgado injustamente [...].

El Señor quiso aplastarlo con el sufrimiento”. En efecto, en el huerto de Getsemaní, en vísperas de su Pasión, “se apoderaron de Jesús y lo ataron”; y si bien reconoció que “mi realeza no es de este mundo”, juzgándolo entre ‘gallos y medianoche’, lo condenaron: “Lo crucificaron, y con Él a otros dos”. Para que se cumplieran las Escrituras, “se repartieron mis vestiduras”. En medio de su tormento, la presencia de la Madre y del discípulo amado constituirán cierto consuelo: “¡Aquí tienes a tu hijo! ¡Aquí tienes a tu madre!”. Mirando el relato en su conjunto, percibimos que en Jesucristo “no tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades”. De hecho, “Él dirigió durante su vida terrena súplicas y plegarias, con fuertes gritos y lágrimas, a Aquél que podía salvarlo de la muerte y fue escuchado por su humilde sumisión”.

Sin embargo, la muerte del Señor no constituirá la última palabra: “Mi Servidor justo *justificará a muchos* y cargará sobre sí las faltas de ellos”; “sí, mi Servidor triunfará: será exaltado y elevado a una altura muy grande”, Él es “el Alfa y la Omega [...], el que es, el que era y el que viene, el Todopoderoso”. En todo momento Jesús tiene conciencia de ser el Mesías, como lo pone claramente en evidencia la versión según San Juan. “Ahora el Hijo del hombre ha sido glorificado y Dios ha sido glorificado en Él”. Jesús se apropia en primera persona las palabras de Isaías: “Yo te destino a ser la luz de las naciones, para que llegue mi salvación hasta los confines de la tierra”. “El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos”. Por todo esto, en todo momento Él es consciente de estar celebrando la nuestras iniquidades [...]. Fue detenido y juzgado injustamente [...].

En algún momento tenemos que recapitular lo que hemos buscado hacer en la vida. Hay quienes lo hacen con ocasión de la celebración de algún aniversario, otros escribiendo sus memorias. Jesús lo hizo a través de un gesto sencillo pero elocuente: lavó los pies de sus discípulos. Y buscó asegurarse de que entendieran lo que hacía con ellos: “Si yo que soy Maestro y Señor les he lavado los pies, ustedes deberán hacer lo mismo unos con otros”.

Los caminos para descubrir el amor de Jesús son muchos y a veces ajetreados, pero todos estamos llamados a encontrarnos con él, interiorizarlo y reproducirlo como el sentido último de nuestras vidas. Muchos recursos y experiencias pueden hacer madurar en nosotros esta actitud teológica central, pero lo decisivo es que en algún momento de la vida logremos plasmarla en plenitud.

Pedro no quiere dejarse lavar los pies: le cuesta dejarse amar, y así no podrá aprender a ser creativo al momento de tener que repetir el gesto con los demás. “Si no te lavo, no podés tener parte

conmigo", le insinuará Jesús. No hay en nosotros amor ofrecido que previamente no haya sido gestado como amor recibido. La humildad para sentirse indigente es condición *sine qua non* para la acción de gracias que posibilita el surgimiento de la caridad. Sólo ama mucho la persona que tiene conciencia agradecida de haber sido muy amada.

Podemos preguntarnos: ¿En qué circunstancias sentí que me lavaron los pies? A su vez, ¿a quienes habitualmente lavo yo los pies? ¿A quiénes estoy llamado a lavar los pies y aún no lo hago?

VIERNES SANTO "Como un cordero llevado al matadero" (Is 53,7)

De los cuatro cánticos de Isaías referentes al *Servidor de Yahveh* (ver *Is* 42,1-9; 49,1-9; 50,4-11; 52,13-53,12), el último es con creces el que describe con mayor dramatismo y patencia la figura y destino de este misterioso personaje, que en tiempos del autor bíblico podía interpretarse como dicho colectivamente de todo Israel desterrado (siglo VI a.C.), o también en referencia a un futuro profeta mesiánico individual que advendría.

Los relatos de la pasión nutren su composición de estas escalofriantes imágenes, las cuales, en *Viernes Santo* y referidas a Jesús, nos ponen en silenciosa contemplación ante el misterio de la cruz: la de Él y la de todas las personas que completan hoy en su carne los padecimientos de Cristo, sumidos muchas veces en la angustia y el desamparo.

Debido a su conmovedor talante poético, el Cuarto Cántico estimula la compasión entrañable, induce a la devoción profunda nos invita a una conversión efectiva. Dejemos entonces que las mismas palabras del texto bíblico nos introduzcan en la contemplación del crucificado, 'que murió por mí, para que más le ame y le siga' (san Ignacio de Loyola), y preguntémonos: *¿Qué debo hacer yo por Él? ¿Qué debo de mi parte ofrecer?* (ver *Ejercicios Espirituales*, 104; 197).

"Sin forma ni hermosura que atrajera nuestras miradas, sin aspecto que pudiera agradarnos. Despreciado, desechado por los hombres, abrumado de dolores y habituado al sufrimiento [...]. Él soportaba nuestros sufrimientos y cargaba con nuestras dolencias [...]. Fue traspasado por nuestras rebeldías y triturado por nuestras iniquidades [...], por sus heridas fuimos sanados [...]. Al ser maltratado, se humillaba, y ni siquiera abría su boca: como un cordero llevado al matadero [...]. Fue arrancado de la tierra de los vivientes y golpeado por las rebeldías de mi pueblo [...]. Si ofrece su vida en sacrificio de reparación, verá su descendencia [...]. Mi Servidor justo justificará a muchos y cargará sobre sí las faltas de ellos [...]. Fue contado entre los culpables, siendo así que llevaba el pecado de muchos e intercedía en favor de los culpables".

SABADO SANTO "Descendió a los infiernos" (Símbolo de los Apóstoles)

Hoy no hay Palabra, porque Jesús está en el sepulcro. Su espíritu descendió *ad inferos*, a la región de los muertos. Auto limitándose del modo más radical que podamos imaginar, el Señor lleva a plenitud las consecuencias lógicas de su encarnación: se solidariza con el destino ineludible de toda persona que viene a este mundo, con su inevitable tener que morir (M. Heidegger).

Hoy no hay liturgia, no hay eucaristía, no hay esperanza. Por un día estamos solos. Por un día es cierto que el mundo se enfría, que no hay luz, que reina un silencio lúgubre. Muriendo la Palabra, todo deviene desolación, abandono y desconsuelo. Por un día participamos de esa oscuridad que impregnó los últimos meses de la vida de Teresa de Lisieux, y nos hallamos 'con Dios y ante Dios como si Dios no existiera' (D. Bonhoeffer). Por un día la Palabra está bien muerta (H. U. von Balthasar). Por un día F. Nietzsche toma la palabra y afirma con razón: 'Dios ha muerto'.

VIGILIA PASCUAL “¡Feliz culpa que nos mereció tan gran Redentor!” (*Gen 1,1-2,2; 22,1-18; Ex 14,15- 15,1; Is 54,5-14; 55,1-11; Bar 3,9-4,4; Ez 36,17-28; Rom 6,3-11; Lc24,1-12*)

La *Vigilia Pascual* se va iluminando, progresivamente, con el fuego nuevo que aportan los relatos de la historia salvífica, ofrecidos en abundancia por la Liturgia. En ellos se nos presenta a un Dios empeñado en renovar el esplendor prístino de su creación, cuando “miró todo lo que había hecho y vio que era muy bueno”. Si bien es cierto que la dureza del corazón humano, concomitante al pecado, nos lleva en ocasiones a gastar “dinero en algo que no alimenta” y las “ganancias en algo que no sacia”, el Dios de la Alianza, que se compadeció de su pueblo “con amor eterno”, se ha empeñado siempre en invitarnos e iluminarnos a que caminemos “hacia el resplandor, atraído(s) por su luz”.

Es la *luz de la promesa* prefigurada en Abraham: “Yo te colmaré de bendiciones y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar”. La misma que irá madurando a lo largo de siglos hasta llegar a ese pacto inédito y definitivo vislumbrado por los profetas de la Primera Alianza: “Yo haré con ustedes una alianza eterna”; “Yo los tomaré de entre las naciones, los reuniré de entre todos los países y los llevaré a su propio suelo. Los rociaré con agua pura, y ustedes quedarán purificados. Los purificaré de todas sus impurezas y de todos sus ídolos. Les daré un corazón nuevo y pondré en ustedes un espíritu nuevo: les arrancaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne”.

Esta nueva tierra en donde se nos regala un corazón de carne, purificado de impurezas e idolatrías, e impregnado del Espíritu de Dios, es *Jesucristo resucitado*: “¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado”. El mismo que “pasó haciendo el bien y sanando a todos los que habían caído en poder del demonio, porque Dios estaba con Él”, es el que ahora vive para siempre junto al Padre y en la fe de cada uno de nosotros. De este acontecimiento sorprendente y único la Iglesia, comunidad creyente que como el discípulo amado “vio y creyó”, es testigo ante el mundo.

“Sabemos que Cristo, después de resucitar, no muere más, porque la muerte ya no tiene poder sobre Él”. La resurrección del Señor tiene una repercusión concreta en nuestro estilo de vida, ya que “por el bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva”. En efecto, a partir de la Pascua de Jesucristo

estamos llamados a vivir crísticamente: “Si nos hemos identificado con Cristo por una muerte semejante a la suya, también nos identificaremos con Él en la resurrección”.

Estas connotaciones ético-espirituales deberán reflejarse en todos los órdenes de nuestras vidas, impregnándolas teologalmente: “Celebremos, entonces, nuestra Pascua, no con la vieja levadura de la malicia y la perversidad, sino con los panes sin levadura de la pureza y la verdad”; “Ya que ustedes han resucitado con Cristo, busquen los bienes del cielo donde Cristo está sentado a la derecha de Dios”.

Podemos preguntarnos: ¿Cómo repercute hoy en mi vida el anuncio siempre nuevo de la resurrección del Señor? ¿En qué sentido vuelve a recrearla?



Monseñor Jorge Antonio Palencia Ramírez de Arellano
Coordinador General de la Pastoral del Santuario
Canónigo Lectoral de Venerable Cabildo de Guadalupe
Cuaresma - Pascua 2019 - Tepeyac